

JULIO CORTAZAR

DIVERTIMENTO

I

I

Hablo de un tiempo distante y ya cinerario, cuando éramos varios y vivíamos lo que digo aquí, un poco para los demás y casi todo para mis días feriados que relleno infatigable con palabras. La naranja se abre en gajos translúcidos que alzo al sol de una lámpara para ver entre la linfa del glóbulo sombrío de las semillas. De uno de los gajos salen los Vigil, ahora estoy con ellos y los otros en la casa de Villa del Parque donde jugábamos a vivir.

Jorge cultivaba la introspección, decía poemas automáticos con infaltable belleza. Aplastado contra la mesa de dibujo, el pelo entre papeles canson y carbonilla, murmuraba para sí las melopeas preliminares que lo ponían en trance.

–Está aceitando la bicicleta –me dijo Marta que escogía entonces la imagen violenta–. Vení a ver esta hermosura.

Me acerqué al ventanal que daba al oeste. El paisaje agronómico quedaba detrás de un toldo a rayas naranja y azul, pero alguien había cubierto un agujero rectangular por donde entraba el sol de las cuatro mezclado con pedazos de figuras y de nubes.

–Mirá desde aquí, es un Poussin fabuloso.

No era en absoluto un Poussin, más bien un Rousseau, pero la óptica de la tarde, el calor, algo en ese trozo de exterior calando por el toldo, le daba un relieve del que no podía uno escaparse. Inclinandome en el ángulo que me exigía Marta vi la razón de su maravilla. En un campo a tres cuerdas, al borde mismo de la facultad de agronomía, un montón de vacas pastaba a pleno sol, blancas y negras con infalible simetría. Tenían algo de mosaico y cuadro vivo, un ballet idiota de

figuras lentísimas y obstinadas; la distancia impedía apreciar sus movimientos, pero fijándose con atención se veía cambiar poco a poco la forma del conjunto, la constelación vacuna.

–Lo fantástico es cómo caben dieciséis vacas en este agujerito –dijo Marta–. Ya sé lo de la distancia, etc. También con un dedo se tapa el sol, blah blah. Pero si te fijas solamente de tus ojos, por un momento solamente de tus ojos, y ves esa calcomanía purísima ahí lejos, todo perfecto el campo verde las vacas negras y blancas, dos juntas, otra más allá, tres en hilera y recortadas, lo estupendo es la irrealidad de esas figuras tarjeta postal.

–El marco del agujero ayuda a la ilusión –dije–. Cuando llegue Renato le podríamos pedir que lo pinte. Realismo mágico, dieciséis vacas celebrando el nacimiento de Venus en un amanecer tórrido.

–El título está bien, sin contar que sería la única manera de convencerlo a Renato que pinte algo que vemos los demás. Aunque su cuadro de ahora es bastante fotográfico.

–Bueno, sí. Pero fotográfico a la manera marciana o a través del ojo facetado de una mosca. Imaginate fotografiar la realidad a través de un ojo de mosca.

–Prefiero mis vaquitas. Miralas otra vez. Insecto, miralas otra vez. Lástima que Jorge duerma; hubiera sido bueno hacérselas ver.

Ya sabía yo lo que iba a pasar. Jorge movió convulsivamente un brazo, enderezándose a medias sobre la mesa de Renato. Estaba un poco pálido, miraba fijamente a su hermana.

–Escuchá, zonza, ya lo tengo. Oigan los dos, ahora va a empezar. La palabra es *menta*, todo nace de ahí, lo veo todo pero no sé qué va a ser. Ahora esperen, *la sombra de la menta en los labios, el origen sigiloso de ciertas bebidas que se degustan bajo luces de humo, tornan alguna vez como palabras y se agregan al recuerdo para no dejarlo andar solo bajo las antiguas lunas*. (“Buen poema”, me dijo Marta al oído mientras escribía velocísima). *Todo esto es vano, lo importante*

permanece en la actitud sobria de los edificios y las nubes bajas; sin embargo forma parte de vidas ya depositadas en el fondo de vasos secos, con huellas de labios en el borde donde el polvo del amanecer se decanta innumerable.

Así es como recuerdo un anís seco y penetrante bebido en una casa de la calle Paysandú; una aloja devorada por el alto calor de Tucumán, y una granadina flor de fuego en un café japonés de Mendoza. En esta tierra de profundos vinos la geografía está colmada de sabores rojos o áureos, mostos picantes de San Juan, botellas de Bianchi cuyano y breve gloria en fuste altísimo de los Súter legendarios. Este vino es un caracol andino, aquél una noche sin sueño y transcurrida de acequias, y el más amargo y humilde, el vino de almacén en calles de tierra y sauces crecidos, las orillas de Buenos Aires donde el hastío llama la sed.

Jorge se detuvo para respirar ruidosamente, hizo un raro gesto con la boca.

–También es justo inclinarse sobre la diáfana pequeñez de los aguardientes, que... Mierda, ya no anda.

Se enderezó jadeando. El color le volvía a la cara, pero aún estaba ausente a medias. Se tiró en una silla.

–Demasiado espectáculo para tan poco –me dijo Marta–. Parece un catálogo de Arizu. Me gustaron más los de anoche, le salieron de golpe y perfectos. ¿Vos los conocés, Insecto?

–No.

–Se llaman “Poemas con osos blandos”.

–Cada oso tendrá su reloj –dije maliciosamente–. También hay plagios automáticos.

–¿Y qué es un plagio, querés decirme? Hay que analizar la idea del plagio desde sus comienzos. ¿No ves mis vacas? Una plagia a la otra, dieciséis plagios en negro y blanco; el resultado, una estupenda tarjeta estilo idiota. Obra maestra.

–*Marta, Marta...* –canturreé yo con *M'appari*. Pero Jorge la miraba despacio, descomponiéndola en trozos; recuerdo que se quedó un segundo entero mirándole la hebilla del cinturón.

–¿Lo copiaste, Marta? ¿Qué era?

–Un tratado de enología, precioso mío. Pero ya sabés el convenio, no lo leerás hasta mañana. Los rompe, Insecto; una se los da, y el tipo encuentra que no son suficientemente geniales y los rompe.

–La brocha del silencio escribe para ti la palabra hija de puta –dijo Jorge pensativo–. Y ahora me dedicaré a las diagonales, el mate amargo, a descifrar la conducta de las coccinelas.

–Buen material –le dije con mi mejor ironía–. Curioso cómo ustedes los automáticos se trabajan con todo orden para la próxima sesión.

–Aceitan la bicicleta –dijo Marta.

–La gimnasia del corazón se compone de numerosos movimientos en balanceo y en salto abajo –observó Jorge, mirándome y sonriendo–. Bueno, basta de poesía. –Realmente era capaz de salir del trance y recomponerse en un momento. Hizo un par de flexiones de cintura y se acercó al ventanal. –¿Qué macaneaban ustedes sobre unas vacas? –Miró el trocito de paisaje y se puso serio. –Hay algo ahí. Constelación vacuna, placa microscópica, pulgas tobianas amaestradas. De todo. Tenías razón, Marta, es una estupenda tarjeta. ¿Se la mandamos al tío Tomás? “Con nuestros mejores recuerdos desde estos hermosos prados, los Vigil”.

–Le gustan los versitos. Mejor uno de los tuyos.

–Bueno. “Desde estos hermosos prados, tus sobrinos abnegados”.

–Excelente, se ve tu talento, tu osadía. Oíme, ¿puedo adelantar una sospecha?

–Sí. La respuesta es no.

–Jorge, vos acabás de dictarme ese poema.

–Vos lo copiaste porque se te dio la gana, aparte del convenio que tenemos.

–No te hagás el estúpido –murmuró Marta yendo a sentarse en el viejo sofá de Renato–. Sabés muy bien lo que quiero decirte. Ese poema ya estaba compuesto. –Miró de reojo las carillas–. En *esta tierra de profundos vinos...* Nunca decís cosas así, salvo que las pienses.

Jorge me miró haciendo una mueca.

–Las hermanas inteligentes, qué peste. Vos sos mi escriba, yo te doy lo que sabemos por cada poema que me copiás al vuelo. Está bien, admito que parte de esto estaba masticado. Los hago antes de dormirme, frases sueltas, cosas que vienen mezcladas con los fosfenos y los semisueños. Pero después hay que provocar el total, la puesta en marcha. ¿Vamos a hacer café, Insecto?

La cocinita estaba al lado del taller. Oíamos canturrear a Marta mientras poníamos el agua y Jorge, midiendo cucharadas de café, las precipitaba en un pañuelo que servía de colador.

–Qué bestia es Renato –dijo mostrándome el pañuelo–. Es capaz de repetir las inmortales hazañas de don Luis Molla, apotecario.

Los dos salmodiamos a coro:

*El boticario don Luis Molla
Se lavaba la pija en una olla.
Mas su esposa, ignorante por entero,
Con el agua de la olla hizo un puchero.*

Y luego de una pausa majestuosa:

*Moraleja: Nunca digas
DE ESTA AGUA NO BEBERÉ.*

–Cantamos notablemente –dijo Jorge–. ¿Oíste, Marta?

–Buen par de asquerosos, vos y el Insecto. Doble café para mí. Escriba fatigada requiere balones oxígeno suminístrasele auxilios Reuter.

–¿No llegaremos a un estilo así? –murmuró Jorge, colando el café con gravedad–. Fijáte en la economía, hasta la belleza de ciertas estructuras. Eso estuvo muy bien: Escriba fatigada requiere balones oxígeno. Los Vigil somos inteligentes. Yo, por ejemplo, advierto que Renato está medio loco desde hace una semana.

–Renato está algo más loco que antes de la última semana –mejoré.

–Renato es loco –dijo Marta desde fuera–. Les lleva esa ventaja a ustedes dos que son meramente estúpidos. La poesía de Jorge es poesía estúpida, y terminará por imponerse. Hay que cultivar la estupidez. Manifiesto de los Vigil, criaturas de excepción.

–Excepción el Africano –rió Jorge–. Llegado a Capua, Aníbal entregase a una vida de licencia desenfrenada. Las delicias de Capua, les dicen. Traducí eso a tu estilo, Marta.

–Llegado Capua Aníbal meta farra.

–Cinco palabras, tarifa reducida. Nuestro querido y difunto padre, el señor Leonardo Nuri, ¿habrá trabajado alguna vez en el correo? ¿Pensaba en un telegrama la noche en que te hizo?

–Yo pienso en Renato –dijo Marta–. Yo pienso que Renato está afligido, que no llega, que me gusta su cuadro.

II

Me fui a bañar mientras esperábamos a Renato, y pensé en los Vigil con una fría atención. Era capaz de aislarlos como seres próximos a mí, hacer de ellos imágenes recortadas como las vacas del toldo. Pensé en Renato, que estaría llegando y se molestaría al encontrarme en su baño. Renato decía que los Vigil eran disolventes, que sumían a cualquiera en una atmósfera de dispersión; por eso los buscaba, y creo que también yo prefería su áspero cariño al de seres menos contaminados por la pureza. Marta, sobre todo, me asimilaba en seguida a su inocencia perversa llena de relámpagos horribles, a su clima donde la muerte era excluida hora a hora con exorcismos y acciones, pero no por eso menos presente en un rostro claro que la voluntad y el abandono modelaban alternativos. Renato no hallaría mejor modelo para sus cuadros, ni Jorge mejor escriba para sus poemas. Yo solamente estaba con ella, sin usarla, y comprendía que en el fondo era ella quien se alimentaba de mi salud más del lado del mundo, de mi persistente fe en una vida de ojos abiertos.

Jorge Nuri era distinto, en él la poesía cultivaba tierras inmensas en medio de un desorden que la técnica alentaba cada vez más. Aunque muchas veces no lo pareciera, era más fuerte que Marta, se retenía al lado de la salud con una naturalidad de la que él mismo no parecía darse cuenta. ¿Pero cómo hablar de ellos? Yo pensaba sin palabras, yo era también ellos y entonces me bastaba sentirme para penetrar profundamente en su manera de ser. Sólo después, al regreso de esa sumersión instantánea, med[í]a la distancia; pero era una razón más para seguir con los Vigil, astuto discípulo atento.

Renato entró en el baño cuando yo acababa de secarme. Se metió en la ducha con un bufido de alegría, mirándome a través de los caireles que le chorreaban por el pelo y el pecho.

–No hay vez que no te encuentre usando mi ducha. Los Vigil dicen que lo hacés a propósito, para fastidiarme.

–Los Vigil son un par de perros. No te olvides de Heráclito, del oscuro Heráclito. Yo no uso tu ducha, mis treinta y cinco metros de hilos de agua tibia van ya camino del río.

–Ahorcate con ellos, Insecto. ¿Te quedás a comer? Marta está haciendo huevos fritos y hay carne fría no del todo podrida.

–Yo traje una lata de pulpos preparados a la manera de calamares. Son magníficos, los comés y al rato empezás a tener unos mareos impagables.

–Sos igual que ellos a la medida hora de llegar aquí. Gracias por los pulpos, haremos una ensalada. Uf, me pasé la tarde buscando unos colores. No hay nada en Buenos Aires.

–¿Pintás esta noche?

–Siempre pinto de noche, y quiero acabar la pesadilla.

–¿Lo vas a llamar así? –pregunté sorprendido, porque el cuadro de Renato venía despertándome la exacta sensación de una pesadilla lejana, imposible de ubicar en el tiempo pero extraordinariamente clara y persistente.

–No, es un decir. Le pondré un nombre con bastante literatura. Los Vigil cooperan.

–No hagás tonterías. Si hay algo que un cuadro no aguanta bien es el título. Fijate que termina siendo una especie de marco mental para la gente, mucho más durable y peligroso que el de madera.

–Día a día se perfeccionan tus imágenes –jadeó Renato con la cara rellena de jabón espeso–. El título no es importante pero un cuadro surrealista necesita del título como explicación del trampolín que lo puso en marcha. Lo malo es que del trampolín no tengo sino una idea muy vaga, una mezcla de recuerdos, un despertar a medianoche con un miedo atroz, una especie de presentimiento del futuro.

–Supongo que con los anteriores te habrá ocurrido lo mismo.

–No, fijate que no. Por eso Marta se queja de que en este cuadro me ha ocurrido algo raro.

–¿Y se queja de eso? Hace un rato me dijo que le gustaba.

–Más bien parece inquietarse pero ella misma no encuentra explicación. No sé si sabés que Marta es una buena médium. Jorge la entrenó hace un par de años, después se desanimaron un poco.

–Jorge no sabe nada de espiritismo.

–Él no, pero Narciso sí. En aquella época andaban mucho con Narciso –dijo Renato, y de pronto se quedó enjabonado quieto a un lado de la ducha. Parecía pensar en algo, lo vi con un ojo mientras acababa de ponerme la camisa, le temps d'un oeil un/entre deux chemises–. Ahí tenés, en este momento me doy cuenta de que Narciso tiene algo que ver con el cuadro.

–¿Algo que ver?

–No sé, es raro... –Se hundió en la ducha, cortándola con la cara en alto y dejándose chicotear ruidosamente. Sacó los labios fuera de la cortina plateada y me miró veladamente–. Sí, ella era una buena médium. Una noche hizo salir a Facundo Quiroga, y otra a una tal Eufemia que dijo horrores del cielo. Ahora me parece que podrías ir a preparar los famosos pulpos. Decile a Jorge que venga, quiero verlo.

¿Quién era Narciso? Los huevos crepitaban tanto al freírse que no oímos el timbre, fue preciso que la hermana de Renato golpeará en la puerta para que fuésemos a abrirle.

–El día que no me olvide la llave iré a ver a ver un psicoanalista –me dijo muerta de risa. Traía naranjas, chocolate, *El Hogar* y un disco de Lena Horne. Marta había abandonado los huevos para curiosear los paquetes, y cuando volvimos a la cocina un humo acre salía del sartén. Pero Marta tiró todo a la basura y empezó de nuevo.

–Rallémosle chocolate encima –propuso–. ¿No creés que va a quedar bien, Insecto?

–¡Cómo no! Ponele encima una cucharadita de saliva y mucha canela.

Susana quería bañarse, pero la gritería entre Renato y Jorge era tal que renunció a echarlos del baño y vino a tender la mesa envuelta en su kimono violeta. Susana estaba poniéndose bonita como todos los veranos, el invierno se la llevaba con él y nos la devolvía la primavera hecha una calamidad, desvaída y tonta. Me fui a ayudarla a poner la mesa en el living de entrada, que se convertía a veces en comedor, y aproveché para preguntarle si sabía quién era Narciso.

–Sí, claro que sé. Un mago.

–Dígame algo más. Renato sabe mucho, pero no ha querido decirme.

–Es un mago que se hizo amigo de Jorge y Marta. Más bien de Jorge, se conocieron en el grupo V4, ¿se acuerda?

–Me acuerdo de un recital de poemas –dije–. Los V4 eran unos bestias, Jorge incluido. ¿Qué hacía ahí Narciso?

–Les completaba los recitales con sesiones de espiritismo. ¿Usted nunca fue, Insecto?

–Fui una vez, y no vi a Narciso. Es raro que los Vigil no me hablaran nunca de él.

–Creo que no les gusta hablar de Narciso –dijo Susana tirando el mantel al modo de Manolete–. Lo llevaron a su casa, y en esos días don Leonardo vivía y no estaba todavía muy convencido de que sus nenes eran un par de locos. De manera que Narciso fue y les hizo ver a Sara Bernhardt. Don Leonardo asistió a la sesión y se llevó un julepe tal que no quiso que la cosa siguiera. Entonces... Déme esos cubiertos, usted no ayuda nada.

–Hábleme de Narciso, Sú.

–Me gusta más hablar de don Leonardo. ¿Usted sabía que cuando se enteró de que la barra les decía “los Vigil” estuvo loco de rabia una semana? Fue entonces que se negó a recibir a Renato.

–Complejo de cornudismo latente –dije–. Los que no están seguros de su paternidad tienen especial interés en cuidar el apellido de los niños. ¿Y Narciso?

–Narciso no volvió, pero los Vigil iban a su casa. Fue entonces que él descubrió las condiciones de médium de Marta.

–¿Y ella hizo salir a Facundo Quiroga?

–Y a Eufemia –dijo solemnemente Sú.

Las comidas con los Lozano y los Vigil eran entonces una delicia. Nada estaba a punto, todos tenían dos cucharas y ningún tenedor, la sal llenaba siempre la azucarera. Yo mezclé un pulpito con mis huevos fritos, le puso un enorme chorro de ketchup, y me lo comí encantado; era un buen plato. Marta y Jorge discutieron incansablemente sobre un “pingo” de pan, luego sobre el derecho a un huevo sobrante, y midieron con un lápiz la banana que les había tocado.

Renato comía en silencio, con apetito y Susana imitaba bastante bien a una dueña de casa.

–Esta mansión no es lo que era antes –me dijo–. Hasta hace tres meses había orden, ustedes no venían y Renato pintaba cosas tolerables.

–Hace tres meses el mundo era imperfecto –dijo Jorge–. Renato no había empezado su cuadro, y yo no había producido mi poema de esta tarde. Encuentro que el cuadro y el poema ponen por fin alguna hermosura en este mundo desagradable. Vos sacá la mano de ese pedazo de pan.

–Tu orgullo poético tiene algo de repugnante filantrópico –dijo Renato, rompiendo un silencio que duraba–. Apenas vomitás un par de imágenes interesantes, te sentís cómplice de Dios, lo ayudás a hacer el mundo.

–Estamos condenados a ser sus cómplices.

–Yo no. Mi pintura se basta a sí misma, se ordena en un pequeño mundo cerrado. No necesita del mundo para ser, y viceversa.

–¡Y hablás de mi orgullo!

–Diferencia entre el orgullo del perro sambornardo y el orgullo del tigre.

–Cuidado que araña –dijo Marta–. Prefiero a Jorgito, puedo beberme su barril de coñac. ¿Dónde lo llevás, perro abnegado? Es cierto que la pintura de Renato peca de solitaria.

–Como él –dijo Susana–. Me asombra que los aguante tanto tiempo, con excepción del Insecto que es inocuo. ¿Llevás adelante tu programa de embrutecimiento voluntario, *il faut s'abrutir* y todo eso? Supongo que estos te ayudan, especialmente Jorge.

–Hacen lo que pueden –dijo Renato sonriéndoles–. Bueno, cuenten alguna cosa, están demasiado dialécticos esta noche. Pulpo y teoría del arte, buen asco.

–Yo vi dieciséis vaquitas por un agujero del toldo –dijo Marta–. Puedo describírtelas como tema pictórico. Empezando por la izquierda había una blanca con manchas negras; al lado otra negra con manchas blancas, y otra negra y blanca; luego un grupo de tres, todas tobianas; después siete a distancias regulares, de ébano y nieve, y finalmente, esperá que saque la cuenta, finalmente tres de nieve y ébano.

–Supongo que el pasto era verde y el cielo azul.

–Exacto. Lo mismo que en tu cuadro del molino roto.

–Jamás he pintado un molino roto –dijo Renato sorprendido.

–Vos creés eso porque tenés el olvido caritativo. ¿Te acordás de una mañana en el V4? Pintaste un molino roto en una tablita porque yo te pedí que pintaras un molino roto. El pasto era verde y el cielo azul. Pintaste un molino en una tablita.

–Es estupenda para hacer versitos idiotas –dijo Jorge–. Cuando se pone a hablar como una nenita hace maravillas. Molinito tablita cielito vaquita. Pero lo del cuadro es cierto, yo lo vi en casa, don Leonardo Nuri

estaba estupefacto mirándolo, ésta se lo olvidó sobre la mesa y don Leonardo lo tenía en la mano y lo miraba, después sacudía la cabeza y lo miraba. Me divertí como un loco espiándolo desde la escalera. En mi casa –agregó con orgullo–tenemos una notable escalera de cedro.

Los Vigil ayudaron a Susana a destender la mesa mientras Renato y yo nos íbamos al Vive como Puedas y elegíamos un par de reposeras cómodas. Me gustaba el gran taller de Renato, el juego de luces que permitía combinaciones de iluminación, los caballetes fragantes y el ventanal abierto al perfume de un eucalipto cercano. En el Vive como Puedas se armaban las batallas polémicas y se hacían los cuadros de Renato; pensé súbitamente que también era el sitio probable de las sesiones espiritistas, y me incomodó sentirme excluido de ellas, de todo el ciclo Narciso.

El cuadro en que trabajaba Renato había sido cubierto con una salida de baño roja, y él se estiró en una reposera y se puso a fumar sin mirarlo. A eso de las once, bien dopado de cigarrillo y charla, reanudaría la tarea. Pintaba mejor de noche, armándose unas luces que hacían fosforecer el cuadro. Como decía Jorge, era capaz de usar anteojos ahumados para combatir una playa demasiado calcinada por la medianoche.

–Don Leonardo Nuri –dijo Renato como desde detrás de sus párpados–. Es increíble cómo odian éstos a su padre.

–Su querido y difunto padre.

–Les debe haber hecho mucho mal, eso se ve. Dejarlos que se criaran salvajes y rodeados de gentes como vos y yo, y al mismo tiempo pretender tenerlos en un puño. Menos mal que se murió a tiempo... ¿A vos te escandaliza si te digo que no me gusta oírlos hablar así de don Leonardo? Sobre todo Marta, que es menos... Bah, quién sabe. –Se dejaba envolver por el humo y yo le veía la cara debajo de una máscara ondulante–. Cuando duerme y cuando no sabe que la miran, es su verdadera persona.

–¿Cuándo duerme?

–No seas idiota, Insecto. Muchas noches los Vigil se han quedado hasta el amanecer, y yo los dejaba dormir en el sofá. No es menos que dormir en una cama, me parece. Café, Susana, traénos mucho café.

–¿Narciso ha venido a tu casa? –pregunté para salir de esa réplica que me humillaba un poco.

–Sí, venía cuando vos andabas por Chile. Después no sé qué le pasó, creo que una noche que yo estaba en curda le dije un par de cosas sobre su mala influencia en los Vigil, sobre todo en Marta. No vino más pero oficialmente no estamos peleados. Creo que tendría que invitarlo alguna noche.

–Tal vez te ayude a ver mejor el cuadro –dije a propósito, pero Renato no pareció asociar mi frase con una segunda intención.

–Narciso es muy inteligente –dijo.

–¿Por qué todo el mundo le llama mago? Es la primera vez que oigo insultar así a un espiritista.

–Es mago y espiritista. Te hace horóscopos, te mira las manos, te echa las cartas y las hojas de té. Ve en el futuro.

–Dijiste hoy que el trampolín de tu cuadro era una especie de premonición del futuro. Aquí es donde puede entrar Narciso, máxime si Marta está inquieta.

Renato tiró el cigarrillo por el ventanal y se estuvo un rato callado.

–Es raro que Marta esté tan inquieta delante del cuadro –dijo—. Claro, Narciso podría ver algo más. Lástima que el tipo me dé tanto asco. Es el ser más baboso que he encontrado. Tendrías que verlo, Insecto.

–Tendré que verlo. Lo de Eufemia me llena de esperanzas, quiero preguntarle por mi tía Elvira, que tal vez en paz no descansa.

–Los Vigil se pasan la noche preguntándole por don Leonardo Nuri –sonrió Renato, otra vez tranquilo—. Qué par de locos. ¡Eh, café...!

–¡Espera un poco! –le gritó Jorge desde la cocina. Me imaginé que trataba de colar el café con el pañuelo de Renato, y que Susana y Marta tenían las puntas mientras él volcaba el agua hirviendo. Se los oía reír e insultarse en voz baja.

III

–*I gotta right to sing the blues, I gotta right to mourn and cry* –nos informó Lena Horne. Todos la queríamos bastante entonces, y oímos la canción de punta a punta. El *Cuyano* pasó bajo el puente de Avenida San Martín, y oímos sus pitadas de desollado vivo. Jorge se enderezó en el sofá, rígido.

–Hembra de plesiosaurio recibiendo un enema de vitriolo –dijo, y se volvió a acostar–. He’s got a right to spit his steam –murmuró como soñando.

–Los trenes enhebran la noche como agujas de radium. Mucho más bonito y además con un toque de vulgarización científica. Quiero que pintes, Renato.

–No, la cosa no camina. –Marta lo miró perpleja, esperando que dijera otra cosa–. ¿Por qué me mirás así? Te digo que no camina, las cosas están ahí pero no las veo.

–¿Pongo el otro lado del disco? –dijo Susana–. Nada menos que *Moanin’ Low*.

–No, sigamos charlando –le pedí–. Venga a sentarse con nosotros, Sú. Algo de raro hay aquí esta noche, y todos tenemos un poco la culpa. Jorge está soñoliento, Marta se ha puesto didáctica. Ayúdenos, Sú.

Era el gran conjuro, el perdido máximo. Cuántas veces le había oído yo a Renato la misma frase: “Ayúdame, Sú”. Botón suelto, ensalada sosa, horario perdido, moscardón o avispa en el taller. Ayúdenos, Sú. Sea la gran superintendente de los juegos. La controladora de los juegos de agua, oh sí, Sú.

–Por lo menos dejámelos ver un poco –dijo Marta desde su rincón. Estaba metida en un viejo sillón de cuero con tajos por todas partes y

tenía las rodillas más altas que la cabeza—. Quitale ese trapo colorado, Renato, quiero verlo y entenderlo.

Renato se enderezó suspirando. “Mujeres de mierda”, me pareció sentirlo pensar. Pero descolgó la vieja bata y puso el cuadro en un ángulo opuesto al ventanal para que todos lo viésemos a la luz de una lámpara que ajustó con lento cuidado.

—El pulpo del Insecto proclama el nacimiento de los grandes sueños —dijo Jorge que tenía la cara tapada con *El Hogar*—. Me está dando una acidez precursora de la lava incontenible.

Susana había venido a sentarse en mi sofá, y yo le acaricié apenas la mano, sintiendo esa rara impresión de frío en el vientre que me causaba la cercanía de Sú, la tibia firmeza de su piel que apenas rozaban mis dedos.

—Es un cuadro más —dijo Susana para que sólo yo la oyera—. No veo que se distinga de otros de Renato. —Afirmaba demasiado para estar segura, y me pregunté si las tonterías de Marta no empezaban a influir también sobre ella.

—Todo está en el trampolín —le dije al oído, acordándome de las palabras de Renato en el baño—. Eso es lo malo de la pintura literaria que hacen estos tipos. Con Cézanne se estaba más tranquilo.

—¿Quién dijo Cézanne? ¡Cézanne! ¿Quién cuernos dijo: Cézanne?

—Yo, Jorge. Cézanne era un pintor francés.

—Cézanne es un acantopterigio, un objeto helicoidal. Marta, eso va a venir, ya sabés que de la puntuación me ocupo yo después.

Marta corría en busca del cuaderno de taquigrafía, pero Jorge se inmovilizó otra vez, indigestado y turbio en la penumbra.

Solté la mano de Susana y me puse a mirar el cuadro. Sentí que me apretaban el tobillo, era el gato Thibaud-Piazzini frotándose y mayando. Me lo puso en los muslos aunque hacía un calor del demonio, y estudié el cuadro. Renato había vuelto a su reposera, y miraba a Marta que alistaba el cuaderno. Me fijé que Sú tenía los ojos en Renato, como

vigilándolo. Thibaud-Piazzini me lamió dulcemente la palma de la mano, y se puso a ronronear con delicia.

No hay mucho qué decir del cuadro, pero en principio esa atmósfera de soledad que no se tiene nunca en los sueños aunque después, mirando un cuadro, se piense extrañamente que es una soledad onírica. Del horizonte avanzaba brutalmente hacia el primer plano una calle de grandes adoquines convexos, apenas esbozados por Renato. La calle dividía el cuadro en dos cuarteles, enteramente distintos aunque bañados por la misma luz incierta. No era de noche, más bien al amanecer, el poco cielo que se colaba en el ángulo superior izquierdo tenía esa coloración deprimente de las cinco de la mañana, entre topo y tierra clara, con una sola nube fija y recortada como un ojo anatómico. Renato había trabajado con extraña paciencia en esa nube, la única cosa concluida y con valor propio en el cuadro. Pero uno no podía dejar de fijarse inmediatamente en las dos figuras erectas, la del cuartel de la derecha en primer plano y casi de espaldas, la otra en segundo plano y delante de la puerta de la casa que dominaba con su curiosa estructura la mayor parte del cuartel de la izquierda. Esta segunda figura también estaba casi de espaldas, y parecía una reproducción en escala reducida de la primera. Sólo que la primera tenía una espada en la mano y la apuntaba hacia la segunda.

Todo esto (salvo la nube) estaba trabajado a medias. El cuartel de la derecha se encaminaba a ser un terraplén (tal vez en lo alto pasaba una vía férrea, invisible en el cuadro, o era el final de una colina o una barranca); se veían algunas piedras, plantas de formas casi hieráticas, apenas acusadas con golpes de color. La figura armada se tenía de pie en el sitio exacto en que concluía el terraplén y daba comienzo la calle; uno de sus pies –bastante trabajado– se posaba en el cordón de la vereda. Peor en lugar de vereda había una angosta faja de tierra pedregosa, y en seguida trepaba el nivel hasta formar el terraplén.

Renato había trazado el perfil general de la primera figura, que me hizo pensar por un momento en *the lofty and enshrouded figure of the lady Madeline of Usher*. Aunque la espada, parecida al modelo de espada celta que figura en la Enciclopedia Sopena en dos tomos, llevaba a pensar en un hombre, la figura producía una impresión penetrantemente femenina, sin que pudiera precisarse por qué. Al igual que la otra, estaba envuelta en una vestidura de pliegues colgantes que ocultaba enteramente el cuerpo y se prolongaba por el suelo como una pequeña sombra plástica. Renato no había trabajado los pliegues aunque en el dibujo general se advertía su intención; de manera que la imagen constituía un a modo de columna cuyas canaladuras se adaptarían luego a la flexibilidad del paño. Tenía algo de ídolo de piedra, de imagen arrancada bruscamente de su hornacina. Tampoco la cabeza estaba más que apuntada por unos elementos ligeramente trazados, era el lugar donde menos había trabajado Renato, precisamente porque en él habría de definirse el carácter de la imagen.

La figura de la víctima –uno pensaba en seguida que era la víctima– aparecía como devorada por la mole de la casa que se extendía en el cuartel siniestro. En realidad Renato no había diferenciado aún suficientemente los planos del color, y las paredes se tragaban a la figura, que apenas se distinguía por hallarse de pie delante de la ancha puerta de doble hoja; presumí que Renato pintaría de claro aquella puerta, hasta sospeché un aldabón negro, un llamados como los que Alberto Salas ha descrito con tanta intimidad. A ambos lados de la ancha puerta había ventanas, también anchas y bajas, con pesados batientes ya casi terminados de pintar. Cornisas fin de siglo formaban pequeñas marquesinas sobre la puerta y las ventanas, y aunque el techo era invisible supe con toda certidumbre que tendría balaustrada con aburridos balaústres corintios. Detrás habría una terraza de baldosas coloradas, tinajas con malvones, etc.

Puerta y ventanas estaban cerradas. La figura parecía encaminarse hacia la puerta, al llamador aún no pintado. Literariamente pensé: “Cuando Renato pinte el llamador, la figura podrá entrar”. Pero la espada estaba ya concluida en la diestra de la primera figura.

–Hoy hablamos de pesadillas –dije–. Pero esto es tan otra cosa. Tal vez si pudiera fotografiarse una pesadilla se lograría alguna escena con esta fijeza. Porque en el sueño la cosa es distinta; vos ves las cosas así, pero las ves un sólo instante, sin fijación; apenas un *augenblick*, piensa en la etimología de la palabra. Algunos cuadros de Tanguy son lo más cercano a los paisajes de mis sueños; pero tendría que verlos un instante, entre un encender y apagar de linterna; si dura más la cosa se concreta, se proyecta, salta de este lado. Il ne tangué pas assez, ton Tanguy. Mais regarde les frères, René, vois ça.

Il ne tanque pas assez, ton Tanguy. Mais regarde les frères, René, vois ça.

–El pobre está enfermo, déjenlo en paz –se quejó Marta. Estrujaba un pañuelo en agua helada y lo ponía en la frente de Jorge, que estaba de un lívido verdoso–. Tu maldito pulpo, a mí me da vueltas en el estómago.

–La influencia innegable de Víctor Hugo –dijo Renato–. Nadie se come un pulpito sin que su inconsciente se sienta Gilliat y entable el gran infighting en la panza. ¿Por qué no le das bicarbonato, Sú? Ayudalo un poco, que vomite en el acuario y asunto acabado.

–La sorda esperanza del becuadro –dijo la voz de Jorge, entre dos hipos–. Hace días que me trabajaba la idea de las alteraciones musicales. Pienso en bemoles, en claves alteradas.

–La Nature est un temple ou des vivants piliers... –dije, y fui a mirarlo llevando en brazos a Thibaud-Piazzini–. Estás muy bien, Jorge. No se nota en absoluto que vas a morirte. Jorge, ¿por qué no me dictás un

poema testamentario? Dejo mis becuadros a Renato; mis libros de la colección labor a Susana, mi guía Peuser al Insecto...

Susana pasó el brazo por el cuello de Jorge, lo enderezó como a un chico y le hizo tragar medio vaso de Alka-Seltzer. Como resentida por la intrusión, Marta vino a sentarse a mi lado y me quitó a Thibaud-Piazzini.

–Narciso lo curaba con unas palabras –me dijo enfurruñada–. No precisaba esas inmundicias que le hacen tragar. Yo quiero que él se mejore y me dicte el poema.

–¿Querés uno de los míos? Yo escribo sonetos.

–El soneto / pequeño feto / se destaca / pues huele a caca –dijo Marta escandiendo cuidadosamente los versos de cuatro y de cinco–. Quiero que Jorge se mejore. Quiero que Jorge se mejore. Quiero que Jorge...

Renato le alcanzó un vaso de caña seca.

–Nada de exorcismos esta noche, pequeña. Otra vez traete a tu Narciso y entablaremos comunicación con los del otro lado. Tu Jorge parece que quiere vomitar.

Entre Sú y Marta se lo llevaban, era gracioso ver a Jorge arrastrando los pies entre las dos que se disputaban tironeando el derecho de conducirlo. Oímos correr el agua del lavabo, nos miramos sonriendo.

–Mocoso de mierda –dijo Renato con ternura.

–Hm.

–Bueno, ya se le pasará. –Puso otro reflector iluminando el cuadro, anduvo entre sus cosas de la mesa de dibujo y emergió de la sombra con una paleta en la mano–. Hay algo en ese terraplén que no me gusta. Debe verse bien y al mismo tiempo guardar cierto contacto con la sombra, con algo menos material que el resto. Siempre he tenido la impresión de que el cuadro comunica con el otro lado mediante el terraplén, si es un terraplén.

–¿Qué tiene que ver Narciso con este cuadro? –dije sin mirarlo.

–Nada que yo sepa.

–Pero hoy no pensabas así.

–Ah, hace un rato. No era por Narciso, era por Marta. Vos sabés que Marta está rara con este cuadro. Está “psíquica” como traducen en los cuentos de fantasmas. Naturalmente eso me llevó a pensar en Narciso, mon cher monsieur Dupin.

–A Marta le gusta.

–Sí, le gusta, pero a mí no me gusta que le guste.

Marta oyó a Renato cuando entraba con Jorge repentinamente aliviado y sonriente.

–Y a mí no me gusta que a vos no te guste que a mí me gusta –le dijo furiosa–. Me parece perfectamente estúpido que te pongas en la postura de pintor maldito, que sólo espera sarcasmos.

Me pareció que no era eso lo que pensaba, y que su inquietud provenía de no poder definir por sí misma sus sentimientos. Renato le soltó una palmada cariñosa pero ella lo rechazó y vino a sentarse a mi lado después de echar a Thibaud-Piazzini. Mientras se bebía la caña miraba francamente el cuadro, ladeando por momentos la cabeza y haciendo muecas.

–Después de todo, lo que importa es mirarlo como un cuadro –le dije–. ¿Por qué andas buscándole otras cosas? Lo mismo con los poemas de tu hermano, vivís explorando alusiones, símbolos.

–Narciso dice que todo está ahí.

–¡Mentira! –gritó Jorge desde su sofá. –Es simplificar demasiado las cosas. Narciso se limita a aconsejar que desdoblemos la mirada, pero sólo si se presiente algún valor excepcional. Te imaginarás que cuando como sopa de sémola no voy a quedarme hecho un idiota sobre el plato.

–Te conozco un poema sobre cierto cepillo de dientes –le dije malignamente.

–¿Y por qué vas a acercar la poesía a la metafísica? Son dos modos y dos conocimientos. Aquel cepillo había ahondado en las muelas de una muchacha que yo quise mucho y que se llevaron a España. Había

rozado esa emergencia de su esqueleto, la afloración de su sistema abisal, el mundo de su sangre. Te digo que ese cepillo era un objeto saturado de poesía.

–Y de piorrea –dijo Marta que odiaba a la mujer de España–. Y tu cuadro está saturado de una cosa impura que lo hace como una niebla. Desde que lo empezaste, a las tres rayas ya se veía el aura.

–¿De veras que le ves el aura? –dijo Jorge interesado.

–No, nunca vi aura alguna. Es una sensación de aura.

–Aura y se fue –dije yo que soy un jodido–. No hacemos más que rondar alrededor de tu Narciso. Nos hemos pasado el día en eso, desde que llegué. Me gustaría conocerlo, qué diablos. Ustedes aprovechan mis viajes para traer gente interesante al taller de Renato. ¿Y por qué no viene más? –dije con violencia y mirando de frente a Jorge.

–Porque me parece que a Renato le cae como el culo –dijo Jorge pensativo–. Vino dos o tres noches, hicimos unas sesiones y después no lo invitamos más.

–¿Pero ustedes lo ven fuera de aquí?

–A veces, en V4. Pero poco.

–Le tienen miedo –dijo desde la sombra la voz de Renato. Volvió con unos tubos y pinceles–. Y él lo sabe, y sabe que yo no le tengo miedo.

–Eso es una idiotez –murmuró Jorge con petulancia–. ¿Vos qué decís, Marta?

–Yo tengo sueño, y el pulpo me camina. Quiero que Renato pinte, no quiero que Renato pinte. –Miró esperanzadamente a su hermano, en el deseo de que él quisiera hacer poesía. Jugaba con el cuaderno de taquigrafía y yo, que me había inclinado para levantar a Thibaud-Piazzini, vi que le temblaban un poco los dedos.

Renato trazó una línea parada y espesa en la pared de la casa. Me senté cerca de Susana, y le acaricié despacio la mano, y sentí subir en mi vientre esa pequeña sensación de frío, como un surtidor que abren y cierran instantáneamente.

II

I

Del mismo modo que el ovillo está ahí (o la madeja, su pequeño mar fofo naranja o verde sobre la falda) y vos tirás de una punta, entonces la punta se entrega, la sentís ceder desenvuelta, oh pibe qué estupendo tirar y tirar, sobre un cachito de cartón vas envolviendo el hilo para hacer un buen ovillo sin nudos, nada de ovillado, algo continuo y terso como la avenida General Paz. Perfectamente sacás el hilo y te parece que después de todo el otro ovillo no estaba tan enredado, empezás a pensar que estás perdiendo el tiempo, siempre el hilo viniendo mansito a ponerse sobre sí mismo en el cartón, lo de más abajo tapado por lo de más arriba que en seguida es lo de más abajo (como en las buenas polentas: una capa de tuco, una de polenta, una de queso rallado; o el juego que hacíamos de chicos, primero yo ponía una mano, entonces abuelita ponía encima la de ella, y yo la otra y ella la otra; yo sacabala de abajo –despacito despacito porque ahí estaba la delicia– y la ponía arriba; ella sacaba la de abajo y la ponía encima, yo sacaba la de abajo –ahora más ligero– y la ponía encima, ya venía la de ella, la míaladellalamía qué manera de reírnos–)

porque viene otra capa de hilo a arrollarse por encima –que en seguida es lo de más abajo.

Todo va así perfectamente, y a vos te parece que estás perdiendo el tiempo porque el ovillo no estaba enredado, el hilo viene y viene sin tropiezo, parece increíble que de esa masa glutinosa nazca el hilillo claro que sube por el aire hasta tu mano. Y entonces oís (los dedos

sienten sonar esta ruptura terrible) que algo se resiste, se pone de pronto tenso, el hilo zumba envuelto en su polvillo de talco y pelusa, un nudo cierra la salida, cierra el ritmo feliz, el ovillo estaba enredado

en

redado

ahí dentro entonces hay cosas que no son el hilo solamente, el ovillo no es un hilo arrollado sobre sí, dentro del mundo del ovillo entrevé ahora tu sorpresa cosas que no son hilo, ahora ya sabés que hilo más hilo no basta para dar ovillo. Un nudo, qué es un nudo, hilo mordeándose, sí pero nudo, no solamente hilo dentro de hilo. Nudo otra cosa que hilo. Globo terrestre ovillo, ahora ves mares, continentes, una flora ahí dentro, y no te vale tirar porque resiste, tires de los paralelos, tires de los meridianos. Todo iba tan bien cuando no era más que un ovillo, definición de hilo arrollado en cantidades. Tirás furiosa, porque esta cosa nueva es rebelde y te resiste, ves salir un poco de hilo, apenas un poco y adentro como un anzuelo de hilo que lo retiene, una pesca al revés y cómo estás de rabiosa. Sin salida salvo Alejandro Magno, sistema tonto añejo inútil. Cómo desenredarlo, el ovillo en alto contra la luz, hilos paralelos, diez, ochenta, oh cuántos. – Pero aquí contra el tuyo anzuelo de sí mismo, dos o tres retorcidos, seminudos y un hilito parado ahí, tu ovillito interrumpido ahí. Así es como se aprende a mirar una madeja, olvidada de la definición, hilo sobre sí mismo muchas veces

macana

Más cosas hay en el cielo y en la tierra, Horacio – En los ovillos que no son nada, su propia materia girando y girando inmóvil, universo translúcido en la mano, copa de árbol de lana con cosas adentro que enganchan los hilos.

–Nada que hacer, meterle tijera y se acabó. –Laura agitaba todavía el ovillo blando contra la luz, eso parecía un gato deshuesado y

colgando, un cadáver de plato playo que se afloja, se hunde como un paracaídas al revés. Lo sacudió todavía un rato, esperando apenas que pasara algo. Cada vez que lo muevo la entera estructura se modifica por completo, ríos y mares filamentosos cambian de tamaño y lugar, se abren lampos y se espesan relieves, pero los nudos siempre ahí como uñas rotas donde todo se agarra Moña tiraba suavemente del hilo, ganaba dos o tres vueltas para el otro ovillo, se paraba, otra vuelta y media-nudo. Ya estaban cansadas, sin ganas de seguir. Moña puso un ovillo en la falda, alisó su pelo con cuidado desgano.

–Es peor que cuidarle las estampillas a tío Roberto. Es peor que leer tus versos. Es peor que tener hijos, que escuchar Saint-Saëns, que una piedrita en las lentejas. Es mucho peor.

–Me da no sé qué cortarlo. Tanto trabajo inútil –dijo Laura agitando su ovillo–. Dame la tijera. Después probamos por la otra punta.

–Los mismos nudos esperan a la misma altura.

–Lo haremos en tres o cuatro veces. Dame la tijera.

Moña había puesto su ovillo sobre la máquina de cose antes de ir hasta la ventana. La pieza de costura (el quilombito le llamaba tío Roberto) vibraba de luz p.m., un sol duro y a la cabeza embestía las cosas, el pelo negro azul de Laura, la piel de sus manos y los taburetes, Vogue, se rompía a gritos en la tijera moviéndose como un mamboretá cromado, alfileres –solcitos soberbios sobre la felpa roja–, el maniquí de Moña y tantos espejos. Por entre los espejos corría su jabalina caliente, Moña de perfil lo sintió pasar exhalante, cinco mil metros llanos

Insensiblement

vous vous êtes glissée dans ma vie,

Insensiblement

Vous vous êtes loge dans mon coeur...

–Basta, me hartás. Una cosa es Jean Sablon, otra una Dinar.

–Moña Dinar, *diseuse*. ¿No va lindo con este perfil?

–Va mal. Cantás con hipo, salvo que sea un nuevo estilo.

–Nunca te gustó mi talento. –Miró la calle, cinco pisos más abajo
un verdulero el 46 gente gente trajes claros un Buick

–Vous vous êtes glissée dans ma vie... Anoche soñé con Sablon.
Era gordo y negro como los cantores mejicanos y cantaba sentado al
revés en una silla y por las escaleras de un gran casino bajaban tipos
altos y rubios, todo daneses.

–Esta tijera no corta, Moña. Dame la otra, la negra. La que es como
tu Sablon.

–La tenés ahí, debajo de ese género. De veras que es mi Sablon.
Que cante la tijera, que cante. –Asomó la cara por la ventana, sentía la
lengua amarilla lamiéndole despacio los párpados que se ponían
temblorosamente rojos, chispas azules, algo friéndose en alguna parte
cerca, las tres en el reloj del living. Un calor insoportable, quemadura en
la frente. “No”, dijo la voz de Laura, lejana, “tampoco quiere cortar este
hilo. Fijate que la tijera no corta”.

–Hablale despacito, ya sabés que es Jean Sablon.

–Bueno, pero no corta. Me parece raro que las tijeras no corten.

–Tío Roberto va a venir en seguida –dijo Moña que renunciaba al
sol–. Una de las dos tendría que proponerle jugar con las estampillas.

–Yo no –dijo Laura moviendo la tijera Sablon–. Vos sos la menor,
vos todavía jugás.

–Avisá si estás chalada. Siempre hemos sorteado todo, hasta las
enfermedades. Tengo veintidós años y te juego al tío Roberto. Ahora
está con las estampillas de Brasil, meu Brazil brasileiro

meu mulato

insoleiro

Un asco de estampillas. Fazendas, Tiradentes, grito de Ipiranga.

–Cortá dos papelitos –dijo Laura–. Con esta tijera no se puede. Cuidado con hacer trampas. No se puede jugar así nomás al tío Roberto, apurate que ahí viene.

Perdió Moña, era imposible cortar el hilo y separar los ovillos, los dibujos tan tiernos de los adornos incrustados en la madera. Mosaicos miniatura con reflejos ala de mariposa bajo el sol. La aguja brillaba como mercurio y subía el olor de aceite de máquina, sucio olor a fierro lubricado. Un hilo iba de un ovillo al otro, pasaba pegándose al pecho de Laura. Sin saber por qué metió ella la cara en el ovillo enredado, abrió los ojos en la penumbra incomprensible del ovillo; del otro lado estaba la tabla de la Singer, los pequeños mosaicos ala de mariposa. “Un hilo como todos y no puedo cortarlo. Como en los sueños, tijeras de goma, revólver blando, asco infinito”

–Son las tres.

–Sí, tío Roberto. ¿Cómo estás tío Roberto?

–Cansado. Fui al parque Lezama y caminé hasta Constitución.

–No debías andar tanto, tío Roberto.

–Constitución es donde empieza el ferrocarril del Sur.

–Siempre se aprende con vos, tío Roberto.

–Pequeña estúpida –dijo tío Roberto– venía a ayudarme con el álbum.

–Te tiramos la suerte, tío Roberto. Perdí yo. Es horrible, pero me darás de tu coñac.

–Coñac a las tres y en pleno verano. O tempora o mores. Coñac las tres.

–Tío Roberto, nada más que por beber algo.

Laura esperaba que se fueran. Fireworks, flux d’artifice, un ovillo tío Roberto un ovillo Moña, el hilo de aquí para allá sin cortarse, coñac estampillas, estampillas coñac. Meu mulato insoleiro, veu cantar di vosé
– Hasta que se fueran del brazo, cuadro de hogar Horgarth Bogart, no,

solamente cuadro alegórico bien tío y sobrina cariñosa del brazo salen rumbo a placenteras diversiones hogareñas stop.

*`So you're goin! To leave the old home, Jim,
To-day you're goin' away,
You're goin' among the city folks to dwell...!
So spoke a dear old mother
To her boy, in summer's day –*

“Ethel

Waters, Ethel Waters, o voz negra de tantas noches”, pensó Laura oliendo con dulzura el ovillo. “Cada vez que alguien se toma del brazo y echa a andar es la marea, la vuelta de esa sensiblería dolorosa, las canciones tontas para llorar, el cuarteto de Borodin, la muerte de Platero. Tú nos ves, Platero Platero, ¿verdad que tú nos ves? Cuánta sal esperando turno bajo la piel, lágrimas lágrimas tears, idle tears and so on”. Dio otro tijeretazo al hilo y lo vio resbalar entre las hojas de Sablon, entero. Ahora estaba sola en el cuarto de costura. Olió de nuevo el ovillo pero sin ganas, dejándose vencer por la modorra. Doña Bica para todos, mamá para Moña más blanda y chiquilla. Vendría con su batón de después de la siesta, se llevaría los ovillos para acabar la tarea. Le gustaba acabar las cosas que empezaban sus hijas. *So spoke a dear old mother...* “Pero es que necesito irme de acá”, se dijo Laura rechazando el ovillo. “Aquí nada se deja tomar, nada se deja cortar. *¿De qué te sirvió el verano, oh ruiseñor en la nieve? Me voy, me voy.* Buenos Aires es grande, un hermoso grande ovillo donde hundir la cara y oler. Me duele esta casa, pobre Moña tan querida tan zonza, tío Roberto pijama arrugado. Yes, you're goin' among the city folks to dwell. Pero cómo, pero cuándo. Como el hilo entro en esta madeja, ya en la puerta me confundo, giro sobre mí misma, oh laberinto, qué mareo...”. Riéndose fue hasta la ventana y miró en redondo la

habitación. El maniquí en el medio era una fuente de jardín, semipodrida y mohosa, cayéndose en trozos de yeso sucio. Veía el grabado de Doré, la tapa de Vogue bajo una gelatina de sol, una sombra de pájaro corrió por las almohadas, las tres y media.

–Me duele un poco la cabeza –le anunció doña Bica–. Tuve un sueño tan raro. Vos eras chiquita y tu hermanito que en paz descansa

(“Lo odio, lo odio. Que en paz no descansa, que se muera otra vez todas las noches del tiempo”)

venía con un ramo de flores y te las daba. Vos ibas a olerlo, y salía una avispa y vos te asustabas. Fijate qué raro.

–Soñaste una fábula, mamá. Con varias moralejas: deja que los muertos, etcétera; no hay rosas sin avispas, y...

–Era de colores, fijate –dijo doña Bica tiernamente. Después, sin que Laura le dijese nada, cortó el hilo con un seco tarascón de la tijera.

II

Moña ajustaba las bisagras transparentes y tío Roberto decidía ponderando la ubicación final de las estampillas. Le gustaba decir “los sellos”. Uno se dignifica escogiendo la palabra más añeja, su color ámbar pálido comprueba su vejez; los sellos de Brasil, 1880-1924. Ciento sesenta y tres sellos.

Moña bebía sorbos de coñac y fumaba, signo de concentración manual, y tío Roberto medía con regla milimetrada (transparente) la distancia entre las bisagras. Una lástima no tener otra palabra para bisagras.

Moña pegaba las estampillas y tío Roberto estaba contento. Estas casas de Sarmiento al mil novecientos, a un paso de Callao pero tan tranquilas en la tarde, con sus departamentos altos de ventanas enormes: espléndido para la filatelia, la costura, el amor corriente. Con un comedor dado a la felpa oscura, a los caireles. Naturalezas muertas, las chicas dentro de la grande. Bananas, pescados, uvas. Las manos resbalan sobre la felpa de la gran mesa y es una cosquilla cruel, electricidad pigmea que no pasa de las uñas. Si una estampilla escapa y cae, la felpa la sostiene sobre mil lancitas rojas, plataforma para guerrero victorioso. Los galos paseaban a sus reyes sobre plataformas de escudos. Coñac Domecq tres cepas.

Moña pegaba las estampillas, abajo el 86 chirrió espantoso, un insecto gigante, retomaba velocidad, esa nota tensa del tranvía acelerando, que sube y sube, fa, sol bemol, sol, la bemol, la – Caída al cero, aflojamiento del sonido, libertad. “No puedo aguantar los tranvías”, pensó Moña. “Gritan como mujeres”. Bebió coñac. El pie de su copa aplastaba la felpa, se veía a través del vidrio los señópodos rojos acostados indefensos, un color sucio rosa viejo delataba el fondo añejo

de la felpa, su color sosa pálido comprueba su vejez. Lo último del sol se iba del balcón, el comedor recomponía su penumbra para la noche.

Tío Roberto acarició el brazo de su sobrina y le puso sobre la muñeca un lindo sello anaranjado que parecía fosforecer. Después venía uno lila, la misma emisión pero otro valor. Como golpeaban suavemente con un dedo en el marco de la puerta, alzó una mirada distraída y estuvo mirando un rato antes de conocerme.

–El Insecto –dijo por fin–. Entrá, Insecto.

–Hola, filatelistas –dije, muerto de calor–. ¿Me puedo quitar el saco?

–Tómese un coñac, Insecto.

Me bebí dos, mientras preguntaba por Laura y doña Bica. Yo quería hablar especialmente con Laura, y como me dijeron que estaba con doña Bica me quedé ayudándolos a clasificar las estampillas hasta que vino doña Bica y me besó en la frente.

–¿Cómo le va, hijo? Anda muy perdido estos tiempos. Roberto estaba hablando de usted anoche.

–Usted me había prometido un sello de Portugal –dijo el tío Roberto con algún encono.

–Me lo dejé en la otra cartera, mil perdones. Se lo mandaré mañana por correo.

–Por correo no –dijo el tío Roberto–. No es bueno que un sello sirva para proteger a otro. Acaban perdiéndose los dos.

–¿Y un mensajero de la capital?

–Eso sí, pero si es de la agencia de la calle Esmeralda. Los otros son unos tarados, me consta. A Bica le perdieron un anillo y las aventuras de Rocambole que le mandaba su prima de Villa Crespo. Son unos chasques desastrosos.

–Iré a la agencia de Esmeralda. ¿Está Laura, doña Bica? No, voy yo solo, ayúdelos a clasificar usted.

Yo amaba entonces los diálogos idiotas, a veces conseguía organizarlos siempre que no hubiera menos de tres personas. Tío

Roberto y doña Bica me secundaban admirablemente, no me olvidaré nunca de una tarde en que conseguí hablar veinticinco minutos con ellos sobre la Sociedad de Beneficencia. Me bastaba apuntar un camino verbal, y las ideas recibidas y los prejuicios brotaban a chorros de los dos; además me consideraban mucho, porque me les ponía a la par y decía cosas tales como esta: “Un huérfano sería la prueba más palpable de la inexistencia de Dios, si no existiera la contraprueba de la caridad humana, que rescata al pobre infante de su triste condición”. Laura y Moña trataban a veces de ayudarme en otros diálogos parecidos, pero en ellas la cosa era forzada y se caía en la exageración. Llevábamos un recuento de buenas frases, entre las que descollaba esta del tío Roberto: “El aire del balcón me refresca el alma”.

Al rato de estar con Laura vino Moña y pudimos charlar a gusto. Hacía quince días que no nos veíamos y ellas me contaron una película de Marcel Carné que las tenía sin dormir, especialmente a Laura.

Mientras escuchaba –“vieras cuando Alain Cuny y Arletty cruzan un salón largísimo, caminando como en sueños” –me pregunté si sería bueno acercar a Laura y Moña al Vive como Puedas. Moña me parecía suficientemente inmunizada por su liviano sentido de la escapatoria; distinto con Laura, más sensitiva y tal vez con alguna tendencia a la melancolía. Pero la noche anterior, caminando por la Boca, se me había ocurrido que la atmósfera del Vive como Puedas se resentía de exclusividad, siempre los Vigil y Renato y Susana. Lo ocurrido la semana anterior –en que no había ocurrido nada, eso era precisamente lo que me alarmaba– parecía darme la razón. Aquello empezaba a parecerse demasiado a *Huis-Clos*, y a Renato no le gustaba Sastre. En vísperas de una noche a la que habían invitado a Narciso, entendí llegado el momento de aportar por mi lado un par de buenos glóbulos rojos. Marta no dijo que no (la llamé esa mañana por teléfono) y a Jorge no había necesidad de consultarlo; ya sabíamos que se enamoraría de

Laura o de Moña, poemas en crecida cantidad, un par de mamúas y otra cosa. Con Renato pensaba yo jugar el juego sutil, y contaba tácitamente con la benevolencia de Sú.

Laura me contó el milagro de las tijeras pero mi atención estaba más en Villa del Parque. Vi que Moña empezaba a deshacer un ovillo, poniéndolo en una caja de cuellos duros y sacando el hilo por un agujerito de la tapa. Trabajaba con la lengua un poco afuera, silbando a ratos un aire que en esos días le estaba haciendo ganas sus buenos pesos a Antonio Tormo.

–¿Te acordás la noche que fuimos al V4?

–Me acuerdo, vos estaban loco con unas pinturas de Horacio Butler.

–Te hablo del V4, no de Van Riel. Fuimos a oír una sesión de poesía surrealista, creo que Moña no estaba.

–Nunca me invitan cuando hay algo bueno –dijo Moña–. Esa noche creo que tío Roberto me llevó a ver lucha libre. Fue algo inmenso, Karadagian contra no se quién. Tío Roberto me compró Coca-Cola y yo tosí al tragar y se la eché en el pelo a un señor de más abajo.

–Te lo pregunto –dije a Laura– porque algunas gentes del V4 son amigos míos, y me gustaría que ustedes vinieran al taller de uno de ellos.

–¿Por qué nosotras? –preguntó Laura con su precisa delimitación de situaciones.

–Porque las veo muy aburridas aquí y les tengo lástima. Y porque vos y Moña tenían tiempo atrás una mesita de tres patas.

–Ah, conque hay de eso.

–Pienso que sí, van a llevar a un tipo del oficio. Hay otras cosas pero no quiero decírtelas ahora, me gustaría conocer la reacción de ustedes dos.

–El Insecto y sus dos cobayos –dijo Moña sacándome la lengua–. Yo no voy, mañana dan “Escuela de Sirenas” en el Gaumont; imposible perderse eso. ¿Quiénes son los tipos?

–Vení con nosotros y los verás, paso a buscarlas a las nueve. Ahora cuéntenme lo de las tijeras, que no oí nada. Ah, sí, ya me acuerdo. ¿Cuál era la tijera? –Tomé el par negro y antes de que Moña pudiera impedírmelo le corté el hilo que salía de la caja de cuellos. –Pero si es facilísimo.

Moña estaba furiosa pero Laura se fue hasta la ventana y desde ahí me miró con expresión de resignado acatamiento. Pensé que tendría en Moña un buen cobayo, pero que Laura entraría como por derecho propio en el mundo del Vive como Puedas.

III

No vale la pena contar por qué las Dinar y yo éramos amigos, la historia de nuestra graduación en la Facultad (Laura y yo) y el resto. La Facultad juega un papel raro en esto, es el eje de donde parten los radios yo-Dinar y yo-Vigil-Renato. A Laura la conocí como estudiante, a Renato como fugitivo de la justicia, refugiado en una vieja sala de mayordomía cuando los jaleos de 1945. Los Vigil estaban con él y eran de otra Facultad, pero la coincidencia en nuestro antifarrelismo nos puso a todos en la misma sala. Renato nos fue utilísimo, ahora puede decirse que era el autor de aquel inmenso cartel que enarbolamos en el techo de la Facultad –no diré cuál– y que hizo reír a todo Buenos Aires. Nuestra derrota posterior y la servil decadencia que le siguió nos mantuvo juntos pero entregados solamente a nosotros, otra manera de perder el tiempo. Fundamos el V4 que era idiota, y nos hicimos hábitos del Vive como Puedas. Nuestros gustos eran Florent Schmitt, Bela Bartok, Modigliani, Dalí, Ricardo Molinari, Neruda y Graham Greene. El gato Thibaud-Piazzini se salvó de ser llamado Paul Claudel por un milagro –complicado con una tentativa de conversión de Marta–. No vale la pena seguir hablando de todo esto.

En la mesa de dibujo había un cartel: “Rompan todo a piacere. Llegaré a las diez. R.L., Artiste-Peintre”. Ya Susana había tomado el comando y unas botellas promisorias se alineaban al lado de un pasajito de Pacenza que nos gustaba como locos. Yo exhibí con orgullo el frasco de grappa mendocina que me habían mandado amigos de Godoy Cruz, y vaticiné el delirium tremens de los que se le atrevieran.

–El Insecto me había hablado de ustedes –les dijo Sú a las Dinar–. Dejen sus cosas en mi cuarto. Los Vigil ya están ahí peleándose.

Me quedé mirando el Vive como Puedas. En ausencia de Renato, Sú había puesto un asomo de orden en las cajas y los objetos. Renato juntaba las basuras más increíbles en la calle y las metía debajo de campanas de vidrio. Su famoso excremento de marta (influencia de un cuento de Gottfried Keller) era el fetiche mayor del taller. Marta se quejaba de que fuese una alusión a ella, y una noche lo tiró por el ventanal. Renato la llevó agarrada del pescuezo hasta el jardín trasero, y tuvo que buscar el fetiche, lo que le llevó diez minutos de insultos y sacudones. Además del excremento –que todos sospechábamos de Thibaud-Piazzini– Renato juntaba horquillas y alambres para hacer formas, pedazos de género y plumas. Sú había trabajado un buen rato poniendo los objetos en su lugar, reuniendo las cajas de colores sobre una mesa del fondo y juntando los últimos cuadros en una pila disimulada por un sofá. También vi que había aumentado el número de asientos, y que la mesita del dormitorio de Renato figuraba como de paso en el moblaje para la noche. Pobre Susana, tan mujer de su casa en ese infierno alegre de todas las noches. Tal vez no estaba descontenta, cuidar a Renato era una debilidad suya, formas sutiles de la adelfogamia.

Marta salió corriendo y me llevó a un rincón aunque no había nadie más en el taller.

–Antes de que vengan, decime... ¿con cuál te acostás, Insecto?

–Con ninguna, son vírgenes y cándidas. Mantengo un romance de gran castidad con la madre de estas niñas.

–Ya empezás a hacerte el imbécil. ¿Esto lo trajiste vos? Jorge está inaguantable esta noche. Fijate que a eso de las cinco empezó a ponerse duro, estábamos en casa y la sirvienta me avisó. Cuando entré con el cuaderno y llena de esperanzas, la bestia se me tira encima y me arranca el cuaderno. Lo hizo cien pedazos, y cuando estuvo seguro de que no podía copiar el poema empezó a decir las cosas más hermosas

sobre el diluvio. Minutos y minutos, y yo ahí llorando y mirándolo, viendo perderse todo eso... ¿Vos te das cuenta cretinismo igual?

–Es un buen gesto de su parte –dije–. Si te hiciera caso le copiarías hasta los bostezos. Muchas veces no has registrado más que tonterías, y te falta inteligencia para discriminar. Jorge es más severo que vos.

–Puede ser –dijo Marta agachando la cabeza–. Pero era tan hermoso, mirá, yo lloraba mientras él hablaba del arca, y de las grandes serpientes de mar que se erguían en las aguas convulsas, qué sé yo, y formaban puentes vivos entre la tierra y las nubes, algo fabuloso.

–Ya me imagino –dije–. Tengo bien manyada la retórica de Jorge. Ya sé que es un poeta y de los mejores, pero estos espontáneos piensan siempre al borde del formalismo más desenfrenado. Por eso hace bien aflojar algunas tensiones sin dejar rastros. Esta noche o mañana te dejará copiar alguna cosa nueva, ya verás, o a lo mejor el mismo tema con otro desarrollo. Lo de las serpientes era bastante bueno, pero este chico ya jode un poco con tantos animales.

–Me gusta más Moña –dijo Marta.

–Bueno, ya es mucho.

–A Jorge le gusta más Laura.

–Ah, y entonces a vos te gusta más Moña. ¿Va a venir Narciso?

–Le telefoneamos anoche y prometió estar a eso de las once. ¿Vos entrás en la sesión? Me parece que Laura no es psíquica, va a espantar a Eufemia. Yo siento cerca a Eufemia desde la tarde.

–Nada de propaganda conmigo –le dije furioso–. No me vengás a trabajar el ánimo con tus espectros. Que venga lo que venga, yo he comido bien y no soy nada excitable, salvo cuando te veo las pantorrillas.

–Grosero, boca sucia. –Me tomó la cabeza con las dos manos y poniéndose en puntas de pie me besó en la boca. Olía a pasta Squibb que es la que yo uso de manera que resultó estupendo. Nos separamos porque los otros salían del dormitorio, pero Marta me dijo en la oreja:

–Hay que tener cuidado con Narciso.

Cuando llegó Renato, Laura y Moña le contaban por mitades a Jorge la película de Carné (que Jorge había visto aunque se lo callaba) y Susana recortaba las uñas de Thibaud-Piazzini a quien yo tenía envuelto en una toalla. Habíamos escuchado jazz, después un cuarteto de Britten, y en general nos estábamos conduciendo como gentes educadas. Hasta Renato quedó sorprendido al encontrar un orden semejante. Le presenté a Laura y a Moña, que él saludo sin cordialidad pero no tan hostilmente como yo había temido, y le puso en la mano un vaso de mi grappa. Su primer movimiento fue abrir de par en par el ventanal y quedarse un momento ahí, todavía con el vaso en la mano, respirando el olor nocturno. Susana puso en libertad al ofendido Thibaud-Piazzini y propuso hacer café en bola. Acababa de comprar un hermoso Cary y Jorge fue a sentarse en el suelo al lado de la mesita, mirando con adoración la llama y los juegos de las burbujas en el agua. Marta se le agregó, era gracioso ver a los Vigil haciéndose horrendas muecas a través de la esfera. Laura y Moña, que parecían haberse adaptado en seguida al Vive como Puedas, los miraban riéndose y hasta los alentaban.

–¿Por qué llevaste el cuadro al fondo? –gritó súbitamente Renato.

Susana pareció considerar su respuesta.

–No quedaba mucho sitio para moverse. ¿Pensabas pintar esta noche?

–No, ya sé que no voy a pintar –dijo amargamente Renato, mirando de reojo a las Dinar–. De todas maneras es bueno que lo dejes quieto, un día se te va a caer y adiós mi plata.

Laura pareció advertir que era lejanamente responsable de la tensión, y se acercó a Renato. No pude oír lo que hablaban, me abstraía la operación del Cary; después Sú nos congregó para beber el café, Renato estaba más humanizado y accedió a que viéramos el cuadro. No

sé quién se lo pidió, probablemente Marta que era incansable, pero me acuerdo que fue Jorge el que puso los reflectores y trajo el caballete hacia delante. Aparte de un cierto trabajo de las paredes de la casa y un sector del terraplén, la cosa seguía igual y no parecía que Renato estuviera bien dispuesto hacia el cuadro.

–¿Por qué no lo liquida si lo preocupa tanto? –pregunté a Sú hablándole casi al oído—. Nunca lo he visto tan raro con un cuadro.

–No es el cuadro, son las locuras de Marta. Le ha rodeado el cuadro de alusiones que ni ella misma comprende. Trabajó toda la noche y ya ve el resultado. No se anima a meterse con las figuras.

Laura y Moña callaban. Pensé en el comentario de Sú y que también estaba en el asunto pese a su aparente indiferencia. Meterse con las figuras, darles sentido. Tan poco de Sú, eso era del vocabulario de Jorge o de Marta, tal vez del mismo Renato.

–Yo no dormiría con ese cuadro en mi pieza –dijo por fin Moña, y todos nos reímos—. Por lo demás me parece bastante estúpido, usted me perdonará. Aludo al tema, de pintura no entiendo nada.

–Es bueno oírse llamar estúpido aunque sea a través de un cuadro –dijo Renato en quien el buen humor parecía haber vuelto de golpe—. Pero esto no es estúpido, Moña. ¿Usted es Moña? No, esto no es estúpido; lo sería acaso si tuviera su pleno sentido.

“Ya está: el sentido. Se mueren por el sentido”, pensé. Los Vigil se tenían de las manos y jugaban a retorcerse suavemente los dedos. A Marta le quedó tiempo para decir desde el suelo:

–El sentido ya lo tiene, pintorzuelo. Los ciegos somos nosotros. Jorge, ¿querrías hacer la imitación del cantor yiddish? Yo soy el clarinete. Me gusta hacer el clarinete. –Estalló en una serie de estridencias nasales, tapándose la boca con una mano y moviendo imaginarias llaves con la otra. Laura estaba asombrada mirándola y Moña se divertía a gritos. Tal vez por eso la entrada de Narciso no fue del todo lo importante que cabía esperar, Sú contestó al breve toque de

timbre y lo trajo luego de hablar un momento con él en el living. Jorge exhalaba en ese instante un sobreagudo (le salían muy bien) y venía bajando la voz en un cromatismo hiriente, mientras desde el suelo desgañitaba los últimos recursos de su clarinete. Narciso los miró, fue hacia Renato con la mano tendida. Después esperó que lo presentaran.

Se decidió empezar con la taza. Había una buena mesa redonda en el living, Laura y Moña ofrecieron hacer el alfabeto, y pronto estuvimos todos envueltos en una luz apagada donde, cosa curiosa, el cuadro parecía más visible que antes. Nos sentábamos en este orden: Renato, Moña, Jorge, Laura, Narciso, Susana, yo y Marta. Cabíamos cómodamente alrededor de la mesa. Laura dispuso el alfabeto con una técnica que provocó un murmullo elogioso de Narciso, y apoyamos un dedo sobre la taza boca abajo. Al minuto hubo vibraciones, rápidas corridas (Jorge estaba atento, con block y lápiz) y Narciso respiró ruidosamente para marcar el comienzo de la evocación.

—¿Quién es?

La taza iba de un lado a otro, mostraba tendencia a girar en el área de Laura y de Renato, volvía al centro y se inmovilizaba por instantes. Mi dedo acusaba (no sé si transmitía) las vibraciones nerviosas impulsando el objeto. “¿*Quién es?*” La raza dio dos vueltas como si examinara el alfabeto y después, en rápida sucesión, tocó la F, la A y la C. El resto fue más lento, y casi innecesario. Facundo Quiroga estaba otra vez entre nosotros.

—Facundo —dijo suavemente Narciso—. Escuchá bien, Facundo. ¿Eufemia está ahí?

Después de una extravagante demostración errática, la taza tocó bruscamente la S y la I. Sin detenerse, continuó marcando E, S, P, giró entre nuestros dedos como una peonza y volvió sobre la A y la D en rápida sucesión. Después se puso extrañamente quieta, y sentimos los dedos como muertos.

–Sí, espada –leyó Jorge en voz baja.

–Facundo –invitó Narciso, que nos había mirado con aire de sorpresa e interrogación–. ¿Qué es eso de una espada? Te esperamos, Facundo.

La taza no se movió. Hubo un silencio largo y Jorge, echándose hacia atrás en la silla, encendió una lámpara más. Retiramos la mano de la taza y nos miramos. Renato parecía el menos impresionado, pero cuando estiró la mano para acariciar la mejilla de Marta, me pareció que su intención era la de desviar su mirada.

–Habría que explicarle a Narciso –dije yo–. Lo de la espada apunta directamente a algo que todos sabemos menos él.

–Bueno –sonrió Narciso, mirándome de lleno–. Los grados del saber son muchos. Si se refiere usted al cuadro de nuestro pintor, tengo alguna noticia de la espada.

Cuando iba a replicarle, sorprendido y curioso, Moña se me adelantó:

–Pero es Eufemia, ¿no vamos a llamarla?

–Mejor que eso –dijo Narciso gentilmente–. Vamos a verla. Nunca se niega a aparecer. A veces habla, a veces está enfurruñada, pero es una buena muchacha.

Hizo un gesto a Jorge, que apagó las lámparas. Me molestó quedar en plena oscuridad, oí la respiración reprimida de Moña justo frente a mí. También a Jorge, que decía: “No se asuste, ahora habrá algo de luz”. Sospeché que no lo decía a Moña sino a Laura. Hacía rato que estaba enteramente dedicado a Laura, de acuerdo al reparto Dinar que Marta me había anunciado al comienzo.

Frente a Narciso y sobre la mesa se encendió súbitamente una linterna roja. Con voz tranquila nos dio las instrucciones necesarias, hicimos la cadena de manos, nos concentramos en Eufemia, y él se puso a hablar en un idioma en el que sólo se asomaba claramente el nombre de Eufemia, el resto iba de monosílabos rítmicos a melopeas un

poco jadeantes. Sentí crispase la mano de Marta en la mía, y aunque nada se había dicho sobre Marta imaginé que Narciso iba a usarla como médium. La luz de la linterna osciló en el espacio, y de pronto vimos la cara de Narciso iluminada vagamente desde abajo, lo que le daba un aire perfectamente monstruoso. Marta empezó a respirar pesadamente, ahora que los ojos de Narciso se clavaban en ella. El nombre de Eufemia fue dicho una o dos veces más, y Marta lo repitió como en un jadeo. No es fácil señalar la transición, de improviso –hasta con naturalidad– tuvimos la impresión de que Eufemia estaba ya entre nosotros. Cuando habló, la voz vino del lado de Marta pero no a la altura de la boca de Marta, ni siendo la voz de Marta. Era una voz seca (no de ventrílocuo, ni de papagayo) pero de una marcada humanidad, una voz cercana y en un todo inmediata a nosotros.

–A veces cantan en los viejos parques –dijo–. ¿Quién está allí paseando entre las lilas? Aquí hace frío.

(Hacía un calor espantoso; Susana había cerrado el ventanal antes de empezar).

–Gracias por volver, Eufemia –dijo Narciso–. ¿Cómo estás, Eufemia?

–No estoy. Quién sabe si volveré. Yo tenía muchos trajes, todos preciosos.

–Eufemia –dijo Narciso–, tendrás algo que decirnos esta noche. Has venido en seguida. Yo quiero que me lo digas. Facundo estuvo aquí.

(Susana me estaba clavando una uña en la palma de la mano. Creí que era una señal y busqué contestarle de la misma forma, pero a mi presión respondió con un movimiento brusco y convulsivo. Pobre Sú, metida en estas cosas. Y la mano de Marta helada y rígida).

–Facundo tiene la cara rota –dijo claramente Eufemia–. Está muerto, sí, está muerto.

–Lo mató Santos Pérez –dijo históricamente Narciso, y todo nos sobresaltamos como si el recuerdo fuera incongruente en ese momento.

Pero la reacción más brusca vino de Eufemia. Hubo como un jadeo, después empezó a reír más y más, como una gallina, histéricamente, y a cada carcajada yo sentía que el aire se ponía más irrespirable, me arrepentía por Moña y Laura, hubiese querido romper aquello, callar a Eufemia. Al mismo tiempo me gustaba, y exigía de Narciso la continuación del diálogo.

–Lo mató Santos Pérez –dijo otra vez Narciso–. Ya lo sabemos Eufemia.

La risa se cortó en una especie de hipo. En el lugar exacto de donde nacía la voz (cerca de Marta pero más arriba) me pareció entrever por un instante una formación gelatinosa; parpadeé y ya no había nada. Eufemia seguía jadeando.

–*¡Lo mató Marta!* –gritó con un chillido tan hiriente que la mano de Susana se revolvió como un ciempiés en la mía–. ¡Con una espada, una espada, una espada!

–Eufemia –dijo la serena voz de Narciso–, ¿de quién estás hablando?

Se hizo una luz como un latigazo. Estábamos solos en ese aire espeso. Jorge tenía aún la mano en el botón de la lámpara, y su cara parecía un pierrot.

–No seas imbécil –le dijo amablemente Narciso–. Ahora no volverá más. No se puede tratar así a Eufemia.

Jorge lo miró vacíamente y se fue a pararse al lado de Marta, que estaba quieta y sumida. Creí que iba a acariciarla pero se contentó con permanecer detrás de ella como protegiéndola. Llena de terror, Laura lo miraba admirativa. La verdad que la palidez le iba muy bien y estaba más hermoso que nunca.

–El final de la sesión ha sido un tanto irregular –dijo Narciso frotándose las manos–. Simbología vaga que habría que descifrar. No estoy satisfecho, este chico se apuró tontamente.

Miré a Susana y me asombró ver el aire de alivio que se leía en su cara. Se levantó vivamente y fue a preparar bebidas y a encender la cafetera. Pasó al lado de Renato que miraba delante suyo sin ver nada, y me le acerqué.

–Congratulaciones, Sú.

–¿Por qué?

–Por la noticia. Sea cual fuere, parece buena para usted.

Se encogió de hombros como quitándole importancia.

–Lo importante –me dijo en voz baja– es que ahora Renato sabe cómo debe terminar el cuadro.

–¿Usted cree?

–Claro que creo, Insecto. Al toro se lo agarra por los cuernos.

–Este es un solo cuerno, y de acero. Sin contar que el cuerno carece de importancia en sí. La razón que mueve la mano, eso es lo que hay que paralizar.

–No importa –sonrió Susana–. Todo esto es malo y estúpido. Pero había una posibilidad peor.

–¿Cuál, Sú?

–La que yo pensé, la que yo temí.

–¿Y era...?

–Tengo sed –dijo Susana–. Tengo mucha sed.

III

I

–Me estoy perfeccionando notablemente en el arte de los poemas históricos –le dije a Marta que se había presentado lacia y tonta en mi departamento–. La influencia de tu notable hermano empieza a arrastrarme a excesos ponderables. He pasado de César Vallejo a Jorge Nuri con velocidad de cometa.

–Vallejo era una bestia –dijo elogiosamente Marta–. Nada más brutal que sus poemas. Pero Jorge es todavía mejor. Bueno, leémelos, y yo los voy escribiendo en taquigrafía, así conserve algo tuyo.

Acto seguido le obsequié los trozos que se consignan a continuación:

SOMETHING ROTTEN IN MY LEFT SHOE

Hace ya tiempo que algo horrible me ocurre con el pie izquierdo. Cuando está descalzo parece contento y a veces se acalambra hasta que los dedos se separan y se ve la alfombra por entre ellos, cosa muy rara. Ahora bien, cuando ando por la calle y menos los espero, de pronto es un agitarse dentro del zapato, siento que tirones inexplicables me envuelven el tobillo y suben por la pierna, oigo casi crujir los dedos y montarse unos en otros; vuelvo desesperado a casa (un día me descalcé en un mingitorio de confitería) y cuando me arranco el zapato y la media, tengo los dedos llenos de sangre, las uñas arrancadas, la media hecha pedazos, y en lo hondo del zapato hay como un olor de batalla, de sudor, de hombres cuerpo a cuerpo, que se buscan la muerte por el cuello.

PROBABLEMENTE FALSO

Se caía siempre de las sillas y pronto advirtieron que era inútil buscarle sofás profundos o sillones con altos brazos. Iba a sentarse, y se caía. A veces para atrás, casi siempre de lado. Pero se levantaba sonriendo porque era bondadosa y comprendía que las sillas no estaban allí para ella. Se acostumbró a vivir de pie; hacía el amor parada, comía parada, dormía parada por miedo a caerse de la cama, que es una silla para todo el cuerpo. El día que murió tuvieron que introducirla furtivamente en el ataúd, y clavarlo de inmediato. Durante el velatorio se veía de tiempo en tiempo cómo el ataúd se inclinaba a los lados, y todos alababan el excelente criterio de los padres al clavarlo en seguida. Después que la enterraron los padres fueron a las mueblerías y compraron muchas sillas, porque mientras ella estuvo en la casa no era posible tener sillas ya que cada vez que ella quería sentarse se caía.

EXHUMACIÓN

Sentía ganas de sonarme, y busqué mi hermoso pañuelo blanco donde la nariz se alegra de hallar un pulmón blandísimo y tibio. Me soné con todas mis fuerzas –siempre he sentido gran placer en sonarme– y cuando hube terminado y tuve libres las fosas nasales, retiré el pañuelo y me puse a gemir, porque en lugar de ambarinos charcos diminutos había en el pañuelo un espeso y oscuro montón de pestañas.

–No los vas a comparar con los que me dicta Jorge –dijo resentidamente Marta–. Son tres buenos ejercicios, pero demasiado pensados. Sin contar la influencia de Michaux que se huele de lejos.

–¿Vos creés que puedo progresar? –dije esperanzado.

–La compañía de Jorge te beneficia. ¿Todavía hacés sonetos?

–Sí, pero un poco como uno hace cálculos de vejiga. Me ha llevado diez años dominar esa forma y no es cosa de perder la mano. Vos sabés que un librito de sonetos siempre ayuda. Yo los voy juntando, juntando, y después los expulso de golpe como espermatozoides. En cambio lo que te acabo de leer es una especie de lujo, de alto juego. Más fácil y mucho más difícil a la vez. No todos los días se tiene una visión como la del pañuelo.

–Jorge tiene tantas que está empezando a perder el apetito. Hace una semana que no quiere dictarme nada, los grita por la ventana y la gente de los departamentos de enfrente lo amenazan con llamar a la policía. ¿De qué podrían acusarlo? –me preguntó con una de sus bruscas recaídas en la chiquillería.

–Ruidos molestos, creo –dije–. ¿Vos has venido nada más que para decirme eso?

–No –repuso Marta con falso desenfado–. Quiero pedirte que me ayudes a encontrar la casa con las dos ventanas. Tengo una idea vaga, puede estar en Caballito, en Devoto o en Villa Lugano. No te creas que en muchos más sitios.

–¿Ya desayunaste, Marta?

–No. ¿Podríamos comer huevos con jamón?

–Vamos.

Me puse una salida de baño sobre el pijama y nos constituimos en la cocina. Marta era muy hábil si se lo proponía, y desayunamos estupendamente sin hablar más del asunto por el momento. Me dijo que Moña le seguía gustando mucho, aunque n habían podido hablar gran cosa la noche del Vive como Puedas. Aludió a Jorge y Laura con un desdeñoso movimiento de hombros, e insinuó que Jorge estaba buscando la manera de colarse en la casa de los Dinar.

–No tiene más que avisarme y yo mismo lo llevaré –le dije para hacerla rabiar.

–Bueno, llevalo. Total, con alguna tiene que acostarse. ¿No estás celoso?

–No. Ya sabés que te quiero a vos solamente. Y ahora que venís sola a mi casa...

–La niñera está esperándome en la esquina con una carta de denuncia al juez de menores. Insecto, ¿verdad que me vas a ayudar?

Terminó de comer el jamón del diablo, y yo la escuché pacientemente. No es que me aburriera, pero la verdad es que cada cosa que decía rebotaba en ideas análogas que yo venía masticando desde la noche de la sesión. Harta de ver cómo lo insensato posee asideros más hondos que la verdad científica y cómo la reflexión termina aliándose con los impulsos primarios para entregarnos al capricho de la poesía pura, del gran salto a los que es más nuestro: el acto irracional. Marta hablaba dando forma a mis sentimientos, y sólo una reserva de mi independencia personal podía retenerme todavía del lado diurno del asunto.

Decidimos (con ayuda de la guía Peuser) explorar las zonas que Marta sentía como más probables. Le pregunté si creía en la rabdomancia sobre mapas, y por un rato probó ella de experimentar alguna reacción orientadora frente los distintos sectores de Buenos Aires. Mientras yo me vestía y dejaba un papel con instrucciones para mi mucama, trazamos un plan digno de mis tiempos de boy-scout. Descartamos Floresta, donde Marta había tenido un presentimiento vago, y decidimos ir de menor a mayor, empezando por Villa Lugano y Villa Celina para concentrarnos después en Caballito y Devoto.

–Jurá por lo más sagrado –me dijo Marta– que Renato no va a saber nada de esto.

–Jurá por lo más sagrado que tampoco Jorge sabrá nada.

–Juro.

El ómnibus 136 nos dejó en una zona algo vaga donde las calles Barros Pazos y Chilabert se mueren en la avenida General Paz. Ya el sol daba de lleno en el asfalto y yo esperé pacientemente que Marta siguiera o propusiera alguna pista coherente. Durante el viaje –casi una hora desde Primera Junta–, habíamos fijado algunos elementos tópicos: calle adoquinada, terraplén oponiéndose a la casa. Sentados en asientos opuestos del 136, tratamos de indagar lo mejor posible el aspecto de las calles que iba cortando el ómnibus. Hacia el final, cuando pasamos la estación de Villa Lugano, isla verde gentilísima después de tanto cubículo gris, Marta vino a mi asiento para decirme cabizbaja que no se reconocía en la zona.

–¿Pero vos conocés ya esto?

–Un día vinimos con Jorge. Hace cerca de ocho años, era bastante distinto, este ómnibus no estaba, yo...

–Bueno –dije pacientemente–. Un pálpito es un pálpito y hay que seguirlo.

Por Barros Pazos salimos a la avenida General Paz y examinamos la zona por donde los terraplenes podían darnos una pista. Es curioso que de aquella excursión sólo me acuerde de una charca lejana y de un caballo blanco bebiendo en ella. Era fácil advertir que la fisonomía de Villa Celina no favorecía el probable encuentro; pero Marta se puso a andar con obstinado silencio –en ese momento se parecía mucho a Jorge, cuando Jorge estaba concentrado–, y me obligó a seguirla, a dividirnos en ciertas esquinas para explorar determinadas áreas, y esto hasta mediodía en que renunciamos al barrio y entramos a comer longaniza con cerveza en un bar de la parada del ómnibus.

–Comé bastante –dijo Marta–. La tarde se la dedicamos a Lugano.

Por sobre el sucio mantel de la mesa le pregunté cuál había sido su conducta desde la noche del Vive como Puedas.

–No volver –contestó en seguida–. Vos comprendés que una alusión semejante no la deja a una dormir en paz.

–Esa alusión es una idiotez –dije inseguro.

–Depende de cómo se piense en Eufemia. Ella estás con nosotros desde hace tiempo, Insecto. Vos te diste cuenta que no era broma.

–No, no era broma –dije con muy pocas ganas–. Pero lo que declaró Eufemia no tiene por qué ser entendido tan literalmente.

–Si no sabés sumar dos y dos... Los símbolos se venían preparando desde el comienzo. Vos viste lo que escribió Facundo.

–Marta, esas ideas las teníamos todos en la cabeza. Es muy fácil, cuando se proyecta la mente...

–No te disfracés de prospecto –me cortó rabiosamente–. Esa noche no habíamos hablado una palabra del asunto. Estaban Moña y la otra que no sabían de qué se trataba. Ya ves que entramos en frío en la sesión. Y sin embargo...

–¿Pero por qué vos, precisamente vos...?

(Yo tenía mi explicación y me la guardaba para cuando fuese necesaria).

–También me lo pregunto –repuso lealmente Marta–. No habría el menor motivo, ya sabés que Renato y nosotros... Pero no se trata el él ni de mí: ahora es Eufemia –terminó ligeramente, pero con algo de entrega en la voz.

–¿Te parece que Eufemia hará algo más que predecir una cosa? –pregunté–. Eso sería conferirle una actividad, una fuerza sobre vos que me resulta inconcebible.

Marta me miró con la cara de Jorge en los trances.

–Todo el que profetiza está ya actuando sobre la cosa –dijo.

Fue bastante lindo andas por Villa Lugano. Una vez, pasando la esquina de Muriguiondo y Somellera, creímos encontrar la casa. El entero paisaje se cerraba delante nuestro con analogías crecientes. La

última cuadra la hicimos corriendo, uno en cada vereda, cambiando frases a gritos con no poca sorpresa de la gente. Me gané algunos gritos de una patota esquinera: “¡Mirá el pituco, le está jugando a la escondida!”. Después, bruscamente, el cambio. Fuimos desde De la Riestra a Aquino, mirando a ambos lados de Murguiondo, nos separamos para explorar las manzanas paralelas y nos reunimos en un paso a nivel, desanimados.

–Esto es idiota –dije, iniciando las frases de la fatiga. Peor Marta se limitaba a mirar el suelo y golpearse los zapatos con mi pañuelo. Analizando despacio la ilusión, resultó que el perfil y el color de una vieja casa influían fuertemente sobre los restantes elementos, que no se asemejaban en absoluto a la calle del cuadro. Nos refrescamos con Bliz en un almacén y reanudamos la marcha bajo un sol espantoso. Los muchos árboles de Lugano nos protegieron un rato hasta que un consejo de guerra en otro almacén, plano en mano, mostró la inutilidad de seguir por ese camino.

II

Lo de Caballito duró tres días. Las ideas de Marta eran vagas e intensas al mismo tiempo; nada le permitía sugerir un asomo de dirección, pero a la vez exigía que no pasáramos nada por alto, y nuestro plano se iba cubriendo poco a poco de crucecitas rojas. Nunca conocí tantos almacenes y bancos de plaza como esa vez. Marta se negaba a que anduviéramos en taxi, a veces echaba a correr y otras se quedaba un minuto largo en una esquina, oliendo vagamente el aire.

–Pero si en Caballito no hay terraplenes –le dije cuando acabamos la exploración de la calle Yerbal y los talleres del Oeste.

–El terraplén puede no ser un terraplén, Insecto querido. Un borde de plaza, una casa alta con un jardín en pendiente, ¿qué sabemos? Hay que mirarlo todo.

–Yo tendría que trabajar en mi ensayo sobre Mantegazza –me quejé.

–Andá, no te detengo –repuso agarrándome del brazo.

Y así seguíamos.

Hormiguera, Achával, Malvinas; Emilio Mitre, Directorio, Naranja Bliz, medio litro blanco, un especial de jamón cocido; Thorne, Ramón Falcón, dos cafés con leche y medias lunas.

–¿Por qué querés encontrar la casa?

Era mi primera pregunta directa sobre el asunto, y creo que Marta lo advirtió. Estuvo un rato antes de contestar.

–Hay dos cosas, Insecto. Una buena y otra... no sé. La buena es que si damos con la casa nos apoyaremos en algo concreto.

–¿No te hacés un lío, Marta? Yo entiendo que sería mucho peor. Si Renato tuviera una memoria fotográfica cabría pensar que está simplemente recordando un escenario. Pero vos sabés bien que él le

llama la pesadilla (“una mezcla de recuerdos”, con la cara enjabonada, “y algo como un presentimiento de lo futuro”).

–Renato no ha visto la casa, de eso estoy segura. La casa es absolutamente convencional, como las de otros cuadros suyos. ¿No te fijaste en la puerta, en las ventanas? Hay otros dos cuadros suyos que tienen casas casi iguales. Pero yo creo que ésta existe y que él no lo sabe.

–Y a vos te parece que si la encontramos...

–Mirá –dijo Marta, perpleja–. Recién cuando la tenga por delante sabré algo. Todo esto es pura locura, me consta. ¿Pero no es divertido andar por Buenos Aires? –agregó rápido.

–Bueno, ese es uno de tus puntos de vista –le dije sin permitirle que se me fuera por las ramas–. Dijiste que en esto había también una parte mala.

–No creo en ella –dijo Marta–. Pero te la voy a decir por lealtad. La otra posibilidad es que yo esté buscando la casa por presión de Eufemia.

Me miró desamparada.

A las nueve de la noche del tercer día fui de visita a lo de Dinar. Moña estaba en el cine, y Laura me abrió la puerta.

–Tenemos otro visitante –me dijo–. Venís muy bien para prepararnos tu famoso cocktail vitamínico.

–¿El Vigil está ahí, verdad?

Jorge se desprendió de su amable diálogo con doña Bica y vino a saludarme. Empezamos el ritual de los títulos.

–La vagabunda.

–Otra vuelta de tuerca.

–La virgen y el gitano.

–La casa de al lado.

Alcé la mano, signo de derrota. No me gustaba el tono con que Jorge había dicho el título.

–Hacés trampa como un rufián. Los títulos deben ser los originales, y ya sabés que “La casa de al lado” es un postizo. Rosamond Lehmann...

–Vos me hiciste una trampa peor –repuso Jorge con displicencia generosa–. El cuento de James se llama *The Turn of the Screw*; la traducción es demasiado libre.

Laura se divertía oyéndonos y yo fui a pasar mi brazo por el talle de doña Bica y a besarla en las mejillas como siempre.

–Laura está encantada con su amigo –dije. ¿Por qué “La Casa de al Lado”? Jorge y yo adorábamos la novela, él tenía mucho de Rodrigo y yo un poco de Julián. Cuernos, ¿pero por qué mencionarla cuando yo venía de andar todo el día con Marta, buscando y buscando?

–Recién dejo a la calamidad de tu hermana –dije a Jorge–. Se ha empeñado en conocer Buenos Aires.

Laura me miró y se puso a reír.

–¿Vos también, Insecto pobrecito? A mí me ha dado por lo mismo, de golpe.

–Esta tarde la llevé a Belgrano –dijo Jorge con algún orgullo.

Dejé pasar la cosa, y nos pusimos a hacer música. Jorge era un pasable pianista, muy fuerte en Scriabin –consejo de Narciso– y detestable en Beethoven que se empeñaba en tocar. Yo puse una pequeña cuota de boogie-woogie, y Laura cantó “Estrellita” acompañada por doña Bica. Nunca he podido oírle “Estrellita” a Laura sin sentir deseos de llorar, de ser pequeño, de estar desnudo en mi cama, de que me hagan masaje en el vientre. Como una necesidad de muerte heroica, de enfrentar pelotones de fusilamiento, de sacrificarlo todo a una carta, de escribir mi mejor poema y romperlo en trocitos delante de Laura. De mirar por un calidoscopio.

Pensé en llevarme a Jorge y confiarle lo que pasaba. No me había dicho una palabra sobre el Vive como Puedas. Era raro que ni él ni

Laura mencionaran a Renato, y yo me emperré en no provocar el tema. Hablamos del accidente del cuadrimotor, de la carrera de autos, de Fangio y los Gálvez, del tío Roberto que estaba con hígado. Doña Bica me mostró un tejido en lana violeta y Jorge me consultó sobre la tipografía eventual para un libro de poemas. No era difícil advertir que Jorge estaba trabajando, nervioso. No su histeria habitual, la disciplina surrealista; algo que venía de la razón, de la vida en su forma más objetiva y práctica.

Laura cantaba “Estrellita” y estaba enamorada de Jorge.

A la una de la mañana me decidí. Salimos juntos de lo de Dinar, y yo esperé en la esquina a que Jorge terminara de despedirse de Laura que estaba como tonta a su lado. Moña llegaba del cine y charlamos un momento en Sarmiento y Riobamba.

–Un bodrio, Insecto. Pobre Ana Magnani. Con lo estupenda de es, las cosas que le hacen hacer...

–Ya sería tiempo de acabar con esa excusa idiota –le dije volcando en ella una rabia que tenía otro origen–. Aquello de “bruto como un tenor” debería empezar a aplicarse a los actores de cine cuando sucumben como casi todos. Nadie les hace hacer nada, lo hacen ellos, porque se dejan atar por el dinero y la rutina. *Harrumph!* Como barbota el doctor Gideon Fell.

–Arcones de Atenas, mirá que estás didáctico –se quejó Moña muerta de sueño–. ¿No me invitás con un whisky y caminamos por Corrientes?

–No, ahí viene Jorge y me voy con él.

–Te gustan los chicos, ¿eh?

–¿Por qué no? Son más inteligentes que ustedes. Moña, ¿cómo lo pasaste en el Vive como Puedas?

Se estremeció visiblemente, lo que yo no había creído que sucediera en la vida real.

–Nunca he oído una pregunta más al *ralenti* –dijo–. La otra noche no abriste la boza en el taxi, y eso que yo me moría de ganas de hablar. ¿Viste cómo respeté tu silencio ominoso? Ahí se ve la calidad de los amigos.

–Sos mi pequeño ángel de almanaque –le dije, besándola en la frente–. Pero ahora contestame.

–Bueno, pues lo pasamos divinamente. A Laura le fue mejor que a mí, ese grupo escultórico que desde aquí divisó en la puerta de casa me permite conjeturarlo sin mayor margen de error. En cuanto a mí, tuve un miedo espantoso. Anoche oí de nuevo la voz de Eufemia.

–¿Oíste...?

–Soñando, estúpido. Me habló de la liquidación de Harrods, fijate que yo estaba obsesionada con unas carteras que tienen un clip así, te das cuenta, todo trabajado.

–¿Qué te pareció Eufemia, chiquita?

–Atroz, Insecto. Yo creo que Narciso es un buen ventrílocuo. Lo malo es que algo brillaba sobre la cabeza de esa muchacha, la hermana de Jorge. ¿No sería un juego de espejos preparado por los Vigil? Son la piel de Judas, esos dos. Buenas noches, Jorge.

–Te vas a dormir, ¿verdad, Moña? –dije sin darle tiempo a más–. Vení, vos, tomamos un taxi y te dejo de pasada. Moña, lleváale esto al tío Roberto, ya me lo estaba olvidando.

Se quedó mirándonos, divertida, con el sello de Portugal en la mano abierta. Yo tenía pensado preguntar en seguida a Jorge qué pensaba de la sesión, pero apenas entró en el taxi se puso a hablarme de Laura con tal prisa que me desanimó. Me fumé un cigarrillo y padecí una rabia seca y breve, caliente como un bife en plena cara.

III

Al terminar la exploración de Caballito, pedí a Marta dos días de descanso que me otorgó gruñendo.

–Jorge quiere que le copie a máquina los poemas de *Movimientos* –dijo–. Mañana a la tarde los tendré listos, de modo que vení a buscarme a la hora del té y nos vamos en seguida a Devoto.

Dormí diez horas seguidas, más por principio de conservación de la energía que por necesidad, trabajé un rato en mi ensayo sobre Mantegazza, y telefoneé a Susana para saber cómo andaba el Vive como Puedas.

–Extrañándolo –me dijo burgesamente Susana–. Se han perdido, ustedes.

Me molestó que me asociara en bloque con los Vigil y se lo dije.

–¿De veras, Sú? –dije, ya idiotizado–. Pero es que tengo tanto qué hacer. Sú ¿cómo está Renato?

–Hace dos días que no duerme aquí –dijo Susana, un poco a desgano.

–¿Dos días? Bueno, eso será frecuente en él.

–No es frecuente. Yo quisiera hablar con usted, Insecto.

Tomamos mate amargo en la cocinita. Del dormitorio nos llegaba la respiración desigual de Renato; noté que la puerta del Vive como Puedas estaba cerrada y que Thibaud-Piazzini dormía en la cocina, lo que era raro.

Lacia y enflaquecida, casi fea, Sú me cebaba mate con religiosidad de vieja sirvienta, y por un rato no hablamos más que de yerbas; ella estaba con la Cruz del Sur y yo prefería la Flor de Lis. Le conté historias de mate aprendidas en Cuyo y en el Chaco, nos acordamos de la broma

de la bombilla ardiendo de *El inglés de los huesos*, hablamos con inmenso cariño de Benito Lynch, oímos dar las cinco y media. Renato dormía.

–Empezó a pintar aquella misma noche –dijo Susana–. Pintó toda la noche después de mandarme a la cama y echar a Thibaud-Piazzini. A las ocho se tiró a dormir, y yo vi el cuadro. La figura menos, la que va a entrar en la casa, está concluida y es Renato.

Hice ruido con la bombilla y me sobresalté tontamente.

–De manera que Renato se adjudica la muerte –dije–. Es él quien va a entrar en la casa.

–Cuando se levantó por la tarde, él sabía que yo había visto el cuadro pero no me dijo nada. Estaba raro, no me preguntó por ustedes, como hace siempre que ha salido o duerme la siesta. Ahora que pienso, no me ha preguntado por los Vigil en todos estos días. Y ellos no lo han llamado.

–¿Volvió a pintar?

–No. Duerme de día o lee un libraco de Torres-García. De noche se va sin decirme nada. No está enojado conmigo, al contrario, pero se ve que no quiere conversar. Ya una vez le pasó, cuando los Vigil hablaban de irse a Sudáfrica en un carguero. Y ni siquiera mira a Thibaud-Piazzini, lo que es todo un síntoma en él.

Me cebó un mate riquísimo y nos comimos un polvorón entre los dos.

–Lo curioso de todo esto –dijo Sú– es que en el fondo Renato no cree una sola palabra. Son los símbolos lo que le preocupan, no vaya a suponer que es un fatalista o que se cree gobernado por fuerzas sobrenaturales.

–¿Cómo no se da cuenta entonces de que la influencia de Marta en este asunto es una influencia...? –Me corté, incapaz de encontrar el término. Iba a decir: “vicaria”, lo que era parcialmente cierto, pero mis sospechas iban todavía más debajo que eso–. Jurídicamente hablando,

Marta no es culpable de nada –concluí, insatisfecho. (Me parecía verla, llegando a las esquinas, consultando el mapa ansiosa, ansiosa).

–No, no es culpable –concedió Sú–. Los Vigil no son nunca culpables, Insecto. Eso es lo que los hace tan terribles, tan insobornables.

Yo me puse a acariciarla despacito, sin ánimo para más.

–Aquí estoy yo, Sú –dije, y a ella se le llenaron los ojos de lágrimas como cuando yo le hacía escuchar Chopin.

Mi segundo día de descanso transcurrió en ocupaciones vagas; a veces mi hermano mayor me telefona para que vaya a verlo a su estudio, y cuando estoy ahí me lee sus últimos estudios sobre la reforma del Código de Minería. Como estoy endeudado con él, lo escucho atentamente y hasta soy coautor de cinco artículos del proyecto. Mi hermano es de los que creen que un poeta debe estar signado por la desgracia, y sobre todo que eso debe vérselo, de modo que cuando me le aparezco rosado y sonriente me contempla con alguna sospecha y no tiene aún opinión formada sobre mi obra. Estoy seguro de que me bastaría beber el muy argentino vaso de cianuro para que él descubriera, sobre mi sepulcro, al lírico que hoy apenas imagina.

La visita a mi hermano me proporcionó, como siempre, oportunidad de verme tal cual soy por contragolpe, y salir de allí dispuesto a iniciar un buen examen de conciencia. Anduve por el centro, errático, me bebí un balón de sidra en *La Victoria* y tomé café en el *Boston*. Ambos lugares, sobre todo el *Boston*, aumentan notablemente mi poder introspectivo, porque en ellos viví muchas horas de buena y mala vida, y me basta tocar sus sillas u oler sus aserrines para sentirme menos bueno, menos feliz y menos estúpido.

Fue en el *Boston*, para no dar más que un ejemplo, que escribí en 1942 este poema significativo:

T.S.F.

*El silencio contiene
jaula el pájaro noche*

*Oigo su pico helado
golpeando entre mis dientes
y la música cesa
y un locutor diserta
ah cuántas cuántas drogas
cuántas cafiaspirinas
y los sastres horribles
y Brahms y Boca Juniors*

*hasta la medianoche
hasta que viene el sueño
tal vez hasta que un paso
suba desde la calle
y yo piense que acaso
se detendrá en mi puerta
jaula pájaro noche
vístase en Costa Grande*

Yo adelantaba, en ese café ya medio desierto antes de cerrar, el vacío de mi casa sola en pleno centro, el manotazo de ahogado a la radio innoble y mecanizada. Ese paso que tal vez “suba desde la calle” era ya entonces la esperanza del paso de Susana. Ahora, a pesar de la visita al estudio de mi hermano, no podía impedir que Susana me bloqueara el camino de mi examen de conciencia. Aunque esta vez (por primera vez), pensaba en Susana para ponerla como una barricada entre Renato y yo. No quería pensar en Renato, todo lo del Vive como

Puedas estaba poniéndose viscoso y movedizo como los osos blandos de Jorge, como las tijeras que tanto habían dado que hacer a Laura Dinar.

¿Y Narciso? Era imposible hablar a Marta de Narciso; me miraba con repentina cólera, y si yo osaba indagar sobre el origen de esa amistad incomprensible, los Vigil se aliaban en una fría hostilidad despectiva que me cortaba el aliento. Imagen de Narciso: gordo, fofo, morocho, fatuo, tal vez temible. Con ondulantes movimientos de foca de lujo, pero nada blando por dentro, revólver de goma de pesadillas que de pronto deja salir una entera carga de balas.

Ya con esto tuve que dejar de pensar en mí, lo que es siempre un alivio para un argentino medio, y me puse a imaginar una entrevista personal con Narciso. ¿Por qué no ganarme la noche yendo a verlo? Tal vez no tuviera inconveniente en aclararme la situación (si había algo que aclarar) desde su lado. Pensé en presentarme como atraído por la ciencias ocultas, hice un rápido recuento mental de Charles Richet y el resto. Lo malo era que no tenía la dirección ni el teléfono de Narciso.

Fui al bar y llamé a Susana. Me atendió Renato, la voz soñolienta y malhumorada de Renato.

–¿Qué querés, viejo?

–Hombre, preguntar por vos. Ayer estuve, Sú te habrá dicho.

–Te oí cuando salías –dijo Renato sin molestarse en aclarar por qué no me había detenido–. ¿Vas a volver pronto?

–Una de estas noches –dije, y colgué. Honestamente no podía pedirle el teléfono a Renato. Era una sensación, no un reparo racional. Cuando me di cuenta de que nada me hubiera impedido hacerlo, me miré sorprendido en un espejo. Entonces disqué el número de los Vigil.

–Hola, elefante –dijo Jorge después que una sirvienta fue a buscarlo y me tuvo dos minutos en el teléfono, con particular fastidio del cajero del *Boston*–. Si querés hablar con la enana, está durmiendo.

–Dejala en paz. Sólo necesito el teléfono de Narciso.

Jorge guardó silencio.

–Necesito el teléfono de Narciso –repetí.

–¿Para qué lo...? Oíme, está bien, no quise decir eso. Esperáte que le voy a preguntar a la bella durmiente; creo que ella lo tiene.

Sonaba tan absurdo que ni siquiera contesté. Jorge se había ido del teléfono y dos señoras se movían en semicírculo a mi espalda, para hacerse ver. Colgué, y pedí una copa en el bar mientras hablaban. Ocho minutos después di otra vez con Jorge.

–¿Vos cortaste, no? Mirá, Marta me lo acaba de pasar. Defensa cuatro nueve cinco ocho. ¿Precisás algo más?

–No, gracias. ¿Cómo andan ustedes?

–Muy bien. Decime, ¿vos no creés que Julien Benda es un estúpido?

–Te estoy hablando desde un café, Jorge.

–Bueno, pero decime ¿es o no es?

–Sí, es –admití.

Como no había otros postulantes, disqué inmediatamente el número de Narciso. Tardaron en contestar, mientras yo me arrepentía por instantes.

–¡Hola!

–Hola. ¿Está el señor Narciso, por favor?

–Aquí –dijo una voz informativa– no hay ningún señor Narciso.

–Perdóneme. ¿No es Defensa 4958?

–Sí. Casa Juan Perrucci. –Y agregó con buena voluntad:

–Importador de máquinas de escribir, sumar y calcular.

–Perdóneme otra vez y gracias.

Me fui puteando como un negro a mi mesa. Marta me había jugado una sucia broma; mientras la maldecía minuciosamente, recordé que el nombre “Juan Perrucci” me era familiar. Luego caí en la cuenta; Marta había sacado el teléfono de la primera página de la Guía Peuser con la que andábamos para buscar la casa.

Debió prever que estaba dispuesto a romper el pacto, porque se vino a las nueve a casa y me encontró indefenso delante del café con leche.

–Ya sé que estás rabioso como una hormiga. Estaba medio dormida cuando Jorge fue a pedirme el número, y no se me ocurrió otra cosa en el momento. Te juro que después lo lamenté, Insecto.

–Tu hermano y vos se pueden ir a la mierda. Me da asco el solo verte.

–¿Por qué sos así? Mirá, lo hice por tu bien. ¿Para qué querías el teléfono?

–Porque ya me cansa este asunto del diablo –dije, errándole la manteca a una tostada y haciendo una porquería en el mantel–. No te creas que tengo alma de detective, y menos todavía de filántropo. Cada uno se las arregla como puede. Lo que creo es que aquí no hay nada entre dos platos, pero que vos, Renato y Jorge van a terminar locos como gallinas. Y como después de todo son mis amigos, quisiera poner un poco de orden en el Vive como Puedas.

–Ya sé que sos muy bueno –dijo Marta–. ¿Puedo comer esa galleta de malta? Sí, echame un poco de café. Mirá, Insecto, vos sabés de sobra que esto no se arregla yendo a ver a la gante y preguntándole cosas. ¿Vos creías de veras que Narciso te diría algo?

–¿Y por qué no?

–Por una razón bastante valiosa –murmuró Marta con la boca llena–. Porque no sabe nada.

La miré perplejo.

–Naturalmente, eso es invento tuyo. Narciso significa Eufemia, y eso trae lo otro. Tengo serias dudas sobre la autonomía de Eufemia, sea lo que sea.

Marta guardó silencio, como si sometiera el asunto a examen.

–Eufemia es Eufemia –dijo luego, con una gravedad repentina–. Metete eso en la cabeza. No te vayas a creer que si Narciso la hace salir, eso influye de alguna manera.

–¿Pero por qué hablás con esa seguridad doctoral? –le grité–. ¡Eufemia es Eufemia, cinco más cinco son diez! Con la misma gravedad yo te puedo decir que esa silla es Franz Schubert. ¿O tengo que creerte nada más que porque sos Marta Nuri?

–No estás obligado a creerme, Insecto. Yo tampoco sé por qué estoy tan segura.

–Lo que estás haciendo es cubrir a Narciso –le dije duramente.

Tragó sin masticar lo que tenía en la boca, y me miró como si fuera a replicar. Y alcé la mano.

–Esperá, dejame terminar. Todavía no sé quién es Narciso, ni tengo medios para llegar hasta él. Pero aquí va una pequeña teoría sobre lo que está ocurriendo con Renato. *La explicación de Eufemia es falsa*. Lo digo contra las evidencias, y sin tener pruebas, de manera que podés reprocharme todo lo que quieras. Pero yo he tomado partido en esto, aún sin entender nada. Ni siquiera soy yo quien toma partido, es una parte ingobernable que anda por aquí adentro. Y no me mires con esa cara de boba.

Marta me sonrió, repentinamente calma, y vino a sentarse a mi lado con su aire especial para los mimos.

–¿No ves que en el fondo estamos de acuerdo, Insecto? Lo que hace falta es encontrar la casa. Hasta ahora lo que está en pie es la explicación de Eufemia...

–Que es el portavoz de Narciso.

–... Como quieras. Pero esa explicación me pone a mí la espada en la mano. Y vos te podés imaginar, Insecto –me miraba con sus grandes ojos grises–, vos te podés imaginar que yo no quiero esa espada.

Contuve la última rebeldía, una necesidad polémica que no nos iba a llevar a ninguna parte.

–Ahí tenés *Formes et Couleurs* –dije–. Me pego una ducha y en seguida estoy con vos. Juan Perrucci, ¿eh?

Nos reímos como locos.

Y después encontramos la casa, fue bastante más fácil de lo que parecía si se mira el plano. Como es notorio, Villa Devoto se abre de una manera algo indefinida hacia el norte, sud y este; pero su límite oeste está perfectamente delimitado por la avenida General Paz. El factor “terraplén” nos llevó a pasar por alto la plaza –sobre cuyos árboles me dio Marta una hermosa y viva lección de botánica– y las manzanas que inmediatamente la rodean. Empezamos costeando las vías del Pacífico, en una zona llena de caminitos y banquetas, casas con raras incrustaciones de mayólicas, hasta salir al límite de la capital. Nada había allí que nos recordara ni de lejos el paisaje del cuadro, salvo tal vez la penetrante soledad que tienen siempre las calles paralelas al ferrocarril.

Almorzamos en un almacén donde se compadecieron de nuestro visible apetito y nos cortaron un magnífico salame y bastante queso. A Marta le daba entonces por los vinos ásperos, y el que nos sirvieron le dejó la lengua cocida y una manifiesta satisfacción. A las dos y media resolvimos iniciar la exploración de las vías del Central Buenos Aires. Cotorras sucias, los Lacroze corrían sobre perceptibles terraplenes cuando un taxi nos dejó en Nazca y Gutenberg. Anduvimos animosos hasta la parada de Avenida San Martín, donde hicimos un nuevo alto; más de una vez, cediendo a solicitudes que ella misma no alcanzaba a explicarme (a pesar de su visible deseo de ser franca después del diálogo matinal), corría Marta por los accesos laterales, se perdía por Campana, Concordia, Llavallós, obligándome a cruzar las vías y mirar del otro lado, estudiar los niveles, investigar casa cuyo lejano techo nos oprimía súbitamente con la esperanza del descubrimiento.

Y después encontramos la casa, más allá de donde el nivel del Lacroze sube como buscando despegarse de una zona poco feliz y erizada de exiguas construcciones. Bajábamos por Tequendama hacia Gutenberg, regresando derrotados de una de las maniobras de Marta,

cuando la vimos, oponiéndose exactamente al terraplén hasta con un cielo espeso en el fondo que no por casual dejó de sumarse a nuestro maravillado estupor. Por más que me tratara de imbécil, no pude reponerme hasta un rato después de esta sorpresa que una semana de búsqueda no había podido anular. Y Marta, a mi lado, con las manos juntas como orando, era la imagen misma de la maravilla.

–De modo que la previó –dije.

–De modo que se alquila –dijo Marta, mostrándome el cartel.

IV

En la parada de avenida San Martín tomamos un Lacroze hasta Chacarita y de ahí el subte hasta el centro. Como hablar en esos vehículos es una tarea que exige incluso aptitudes antropofágicas, guardamos un silencio que duró hasta estar en casa. Allí nos miramos de lleno por primera vez, y Marta se colgó de mi pescuezo con una violencia que yo hubiera preferido en Susana. Le temblaba todo el cuerpo y tuve que darle ginebra y llevármela a un sofá. Pero no podía estarse quieta hasta saber más, y me pidió el ticket de confitería donde había anotado el teléfono anunciado en el cartel de alquiler.

–¿Qué vas a preguntar? –dije mientras salía en busca de una caña que me refresca mucho el alma.

–No sé, todo lo necesario... –Discaba nerviosa, equivocándose, con muecas de fastidio.

No me di cuenta en aquel momento de mi error. Era yo quien debía haber iniciado la averiguación. Cuando volví (me había detenido en la cocina para decirle a la mucama que cocinara para dos), Marta estaba quieta en el sofá, ovillada de una manera muy suya. Por la ventana abierta acababan de volarse los pedacitos del ticket.

–¿Y qué averiguaste? –dije, con candor de oveja.

–Ciento ochenta mensuales, con las ceremonias de práctica.

–Sí, pero, ¿y lo otro? ¿Quién es el dueño de la casa?

–El dueño es Narciso –dijo Marta, y se puso a llorar mirándome.

IV

I

La lectura de un discurso del doctor Ivanissevich, emprendida a la hora del desayuno, valió a la literatura los dos “Cantos Argentinos” que escribí en el subte A, y que me parece congruente incorporar en este punto.

I

*Tiempo hueco barato
donde guitarras blandas
se enredan en las piernas
y mujeres sin rostro
sin senos sin pestañas
con el vientre de piedra
lloran en los caminos.*

*Ah giro de los vientos
sin pájaros sin hojas
los perros boca arriba
olfatean en vano
un material desnudo
de fragancia y contento
un aire sin perdices
sin tiempo sin amigos
una vida sin patria*

*un silencio de látigo
que ni siquiera azota.*

II

*El río baja por las costas
con su alternada indiferencia
y la ciudad lo considera
como una perra perezosa.*

*Ni amor, ni espera, ni el combate
del nadador contra la nada.
Con languidez de cortesana
mira a su río Buenos Aires.*

*El tiempo es ese gris compadre
pintado allí sin hacer nada.*

Me sobró tiempo para reflexionar que una actitud como la mía será debidamente censurada el día en que –como parece indicarlo la curva histórica del siglo– nos precipitemos universalmente en formas más o menos comunistas de vida. Esta soledad, esta renuncia a la acción, recibirán sus merecidos (para ese día) epítetos. Cobardía de la generación del 40, etcétera. Tendremos nuestra buena lavada de cabeza en las historias de la literatura a cargo de un ecuánime dialéctico. Romanos viendo pasar los bárbaros y demás imágenes bien analógicas. El arribo a la estación Congreso me sacó de mi sardónica complacencia, el calor de Riobamba a las diez era ya para anular toda introspección provechosa. Eligiendo las ventajas de la sorpresa no avisé que llegaría tan temprano y doña Bica se quedó cortada al verme de

riguroso palm-beach y rancho de paja. Le puse un ramo de margaritas en la mano, y un gran beso en la mejilla.

–Buen día, mamá Bica. ¿No es asombroso que yo esté levantado a esta hora?

–Hijito, es para tener vahídos. ¿Ya desayunó?

–Los huevos fritos con jamón que se sirven en esta casa... –dije–. Pero naturalmente no deseo causar la menor molestia. Y esa salsa de tomate...

–Pase, sin vergüenza. Roberto duerme, y las chicas se están levantando.

Entré, empezando a sentir un arrepentimiento insospechado por lo que mi presencia matinal implicaba.

–Quiero hablar con Laura, doña Bica. Necesitamos que Laura cante en una reunión artística, y hay muy poco tiempo –mentí.

–¿Verdad que es una buena idea? –dijo Laura desde la puerta de su cuarto–. Hacéle algo de comer, mamá, mientras yo considero la propuesta.

Me llevó al comedor y nos acomodamos sobre la felpa roja.

–¿Nadie nos oye? –pregunté con el debido acatamiento a las modalidades conspiratrices–. ¿Moña, tío Roberto?

–Moña se ha vuelto a dormir, tío no se ha despertado. ¿Qué te trae, Insecto?

Era tan feliz, tan visiblemente feliz que mi presencia no podía sino molestarla; y al mismo tiempo se le veía el deseo de comunicarse conmigo.

–Laurita, hija mía –le dije–, estamos metidos en un lío padre. Vos no conocés más que la segunda parte en la que ingresaste por mi maldita culpa. Ahora escuchá todo lo que sé de esto, y especialmente todo lo que no sé, que está en mayoría.

La deje pensando, y fui al comedor de diario donde me esperaba doña Bica con el desayuno. Todo el tiempo estuvo doña Bica

hablándome de Jorge, de las atenciones de Jorge, del color de los ojos de Jorge y de la hermosura general de Jorge. Aunque conservaba algún deseo de saber algo más sobre la familia Nuri, y se refería a Marta con vivos deseos de conocerla, era notorio que Jorge se la había puesto limpiamente en el bolsillo. Como siempre.

Es raro, pero el énfasis de doña Bica me inquietó todavía más. Laura me esperaba en el comedor, sin moverse de su primera actitud pensativa.

–Es una locura –me dijo–. Más lo pienso, más absurdo me parece.

–Laura, esto no es un asunto para pensar –dije desanimado–. Yo he tratado y cada vez hago una macana. Pero lo de ayer ha colmado la medida y empiezo a sentir una cosa acá –y me toqué la boca del estómago donde la salsa de tomate me daba un calorcito.

Laura, amiga del misterio y muchas veces su confidente, me apretó el brazo con repentina comprensión.

–Tenés razón, Insecto. Esto es una historia de ángeles, un libro con láminas prerrafaelistas llenas de guardas donde se ven rostros velados, cabelleras flotantes y lagos poblados de extrañas criaturas.

–Mi versión está más cerca al museo de Grévin –repuse–, pero todo es cuestión de ambientes y no toca al fondo del asunto. Estás muy enamorada de Jorge, Laura.

–Me parece que sí –dijo sencillamente.

Vi pasar a los Vigil como una ráfaga, tuve un deseo de escaparme, tomar el primer tren para Concordia o Tres Arroyos.

–Yo te he metido en esto –dije–. Ahora estás envuelta, y acaso Moña también.

–No, Moña no. Moña guarda un diente de ajo en la cartera –dijo Laura, sonriendo burlescamente–. Y ahora que lo pienso mejor, las láminas no son prerrafaelistas. Jorge sí, solamente Jorge.

Comprendí que era el momento de hacer lo único que estaba a mi alcance.

–Vos podés ayudarnos, Laura. Creo que los únicos verdaderamente equilibrados somos aquí Susana, vos y yo. Dejemos a Moña, que tiene un diente de ajo en la cartera.

–¿Y Jorge? –me dijo, encrespándose.

Conforme –repuse hipócritamente–. Pero Jorge está en esto desde el comienzo, influido a pesar suyo por Marta. Participa demasiado del clima del Vive como Puedas, ha vivido muy cerca de Renato y de Narciso. Y con todo, lo necesitamos como aliado, es el único lo bastante cerca del enemigo, por llamarle así. Necesitamos atraernos a Jorge, hacerle ver que este asunto va a acabar mal.

–Jorge entenderá perfectamente.

–Lo entenderá –concluí– so vos te encargás de la faena. Por mi parte, apenas Jorge me ve se precipita a la literatura, levanta polémicas, se inspira rabiosamente y me niega de plano su inteligencia para volcarla enteramente en esas otras cosas. Para Jorge soy como un catalizador, un buen libro que lo estimula y lo lanza a la acción poética. No sirvo para otra cosa.

–¿Y qué le diré yo?

–No puedo indicártelo, Laurita. Ni siquiera espero que logres una alianza con Jorge; sos demasiado vulnerable para eso. Pero si obtuvieras algunos datos útiles. El pasado, ¿sabés? Todo esto sale del pasado como esa maldita espada de la mano de... ¿de quién Laura?

–De Marta, creo. –Me miró sorprendida–. ¿No lo dijo Eufemia?

–Oh, basta –murmuré–. Hací lo que puedas, yo me vuelvo a casa. Llamálo en seguida, después avisáme lo que haya.

Dije adiós a doña Bica que estaba magnífica con su kimono azul.

–¿Laura va a cantar? –me preguntó, misteriosa.

–Creo que sí, doña Bica. Pero no le insista, déjela que se decida sola.

–Sugerile a Jorge que se lo pida, hijito. Ya verá cómo eso da resultado.

Me fui apretando los puños, bajo un sol bárbaro.

II

La verdad es que hasta ahora he hablado poco o nada de Renato, su persona emerge más como otra figura pictórica que como una entidad humana. ¿Qué voy a hacerle? Renato era siempre así amigo magnífico y gran camarada pero como puede serlo un caracol para otro, de los cuernos para afuera. Yo desconocía entonces (después ya no me interesó averiguarlo) sus medios de vida, esa renta que caía como un discreto maná en manos de Susana y que ella administraba con tanta eficacia. A Susana no se me hubiera ocurrido preguntarle; uno tiene el orgullo de los amigos, y sonsacar a las hermanas supone algo de conventilleo que personalmente repudio, etcétera.

Creo que Jorge fue esa misma tarde a casa de los Dinar. He aquí otra cosa que nunca sabré con certeza y que ya no me importa. Sin duda fue temprano (si fue), y estuvo largo tiempo hablando con Laura, a la hora en que doña Bica y tío Roberto hacían la siesta, Moña tomaba su lección de esperanto en la academia del doctor Francois y leía, con ayuda de este último, el editorial de *Renovigo Gazeto*. Las circunstancias no me permitieron nunca interrogar francamente a Laura sobre su tentativa de coalición con Jorge; y ahora no importa. Con todo, Jorge llegó alegre y hasta burlón a buscar a Marta que se había quedado en cama hasta mediodía; los dos conferenciaron brevemente, y luego de telefonar a Renato se marcharon al Vive como Puedas. Cuando hablaron, Susana oyó a Renato que aceptaba la visita con una especie de excitada alegría; apenas tuvo un segundo Sú llevó el teléfono a su cuarto y me llamó para avisarme. Por desgracia yo estaba en la Y.M.C.A., presenciando el ensayo de un recital de arpa a cargo de un conocido y ayudándolo a hacer cálculos acústicos.

Hundiendo los dedos en su negro pelo enrulado, Jorge contempló pensativo a Marta que se paseaba inquieta delante de Renato. Hacía calor y el cuadro, a un lado del ventanal, parecía una isla de frío vespertino, en la luminosidad del taller. Renato corrió el toldo y por el agujero entró un árbol y un pedazo de campo yermo y amarillento.

–Que Marta lea mis últimos himnos –dijo Jorge, estirándose en el canapé–. Quiero el parecer de Renato. Dale, enana.

Marta iba a oponerse, pero asintió como si ganara un poco de tiempo. Era habilísima para leer directamente de su cuaderno de taquigrafía, reproduciendo inflexiones de la voz de Jorge, las más sutiles pausas que daban la puntuación.

–Adoro este pequeño poema que me dictaste desde la cama el otro día, cuando estabas casi dormido. Oí, Renato.

RESUMEN

*Miraré muchos días la celeste calandria y el río
que felizmente fluyen sin preguntar su nombre ni su origen
y contemplan sin prisa nacer lunas y puentes
desde sus ojos que olvidan pronto las imágenes.
Entonces volveré sumiso
a interrogar los espejos que repican mi pausa,
y estaré como nunca al borde de esa estrella
que para todos tiende la sedosa escalera
y resume en un punto final las cosas y su danza.*

–Por qué tendrá una que escucharlo otra vez –se quejó Jorge sin mirarlos–. Qué triste cadáver, qué asco innoble. Algunos poemas se pudren en seguida como ciruelas, empiezan a tener ese color violeta y ese tacto viscoso. No leas más, Marta.

–Suenan como una cosa sensiblemente más... artística –dijo Renato, mirándolo desde lo alto de su metro ochenta–. Y me gusta mucho más que tus hemorragias bárbaras. Perdoná esta opinión que nace de ciertas adherencias, la regla áurea y el resto.

Marta jugaba con los objetos de la estantería, tiró al aire una esfera de livianísimo cristal, y la sostuvo un instante con un dedo. Después vino a sentarse en el suelo, al pie del sofá de Jorge, y los dos se pusieron a mirar gravemente a Renato.

–No sabemos si el Insecto te habrá dicho –empezó Marta.

–Hace mucho que no veo al Insecto.

–Bueno, él me estuvo ayudando a explorar una idea mía. La idea era buena, y Jorge ya lo sabe. Está furioso porque no me asocié con él para la búsqueda.

–¿La búsqueda de qué?

–De eso –dijo Marta, mostrando el cuadro–. ¿No es cierto que era una buena idea?

Renato lo aceptó sin discusión. Mientras encendía su pipa, los observó sonriendo tristemente.

–Vamos, chicos, adelante. Pero antes quiero decirte a vos que me alegro de que hayas venido, Marta. Era estúpido que por lo de la otra noche te encaracolaras.

–No era estúpido –dijo Jorge, enderezándose sobre un codo–. Hizo bien. Hasta le he perdonado que se fuera a buscar la casa con el Insecto.

–¿Y dónde está la casa? –dijo Renato, mirándolos alternativamente con duros ojos atentos.

–No es tanto dónde esté –repuso Marta–, y eso que está. La encontramos cuando ya nos faltaban las fuerzas. Pálpitos, míos, zás ahí estaba. Lo triste es que la casa es de Narciso.

Renato mordió la pipa y se dio vuelta hacia el cuadro como si esperara ser apuñaleado por la espalda.

–Hijo de mil putas –dijo suavemente, hasta con una especie de ternura–. De manera que he pintado una casa de ese perro.

–¿No es grande? –se recogió lúgubrementemente Jorge–. ¿No es absolutamente perfecto?

–Hombre, por qué no... Pero Marta no piensa lo mismo, mirála. A Marta no le gusta esto nada.

–Bueno, siempre fue una aguafiestas –dijo resignadamente Jorge–. Además lo de Eufemia tenía bastante mal gusto, y a la pobre le quedaba el recuerdo. ¿No nos podríamos olvidar de Eufemia, Martamarta?

–No, Jorgejorge. Ni Renato ni yo nos podemos olvidar de Eufemia. Yo quisiera darle una chupada a tu pipa, Renato.

–Vas a vomitar –le previno Jorge–. Ya te ocurrió con mi narguileh.

–Tu narguileh tenía perfume –explicó Marta–. ¿Puedo, Renato?

Renato se inclinó para entregarle la pipa, y su rostro quedó casi a la altura de Jorge. Jorge le pasó la mano por el pelo con un gesto de camarada. Renato cerró los ojos.

–Qué rico –murmuraba Marta, ahogándose–. Qué fogata, qué pasto seco.

De la cocina venían Susana y Thibaud-Piazzini. Los Vigil, que se alunaban fácilmente con Susana, fingieron no verla y abrazaron entusiastas a Thibaud-Piazzini. Renato se puso a tomar el mate que le cebaba Sú, y un gran golpe de viento agitó el toldo y lo hizo entrar junto con una calina espesa, arenosa.

–Han encontrado la casa –dijo escuetamente Renato a Susana–. Y lo lindo es que es de Narciso.

La participación de Susana parecía afectar a Marta más que antes. Miró a los hermanos con fastidio, alisándose nerviosamente la falda. Después se levantó y anduvo de un lado para otro, hasta plantarse delante de Renato con un aire de figurilla de Degas.

–Si yo me pudiera ir, si algo me cayera encima, un piano o un armario, si me diera la viruela, vos comprendés. Renato que no puedo quedarme más quieta, aquí o en casa, en Buenos Aires. Hasta de Jorge me separaría ahora, hasta de Jorge y de vos.

–¿Y de Narciso? –le preguntó dulcemente Susana.

Se dio vuelta como si le fuera a pegar. Jorge la estaba mirando con un aire a la vez altanero e interesado. Renato esperaba.

–Ella irá a donde yo vaya –dijo Marta, tirándose en la alfombra–. Somos la misma cosa. Es *ella* y no Narciso.

–Si vos quisieras –dijo Susana, con la misma voz suave de antes– te lo podrías quitar de encima. Le tenés miedo, y te dejás poner la espada en la mano.

–La espada se anuncia con vivo reflejo –rió Jorge–. Si ella no se anima, ¿por qué no lo hacés vos, Renato? Rompamos el cuadro, ¿querés? Ahora mismo.

Lo invitaba, con un aire en el que Susana leyó un cordial desafío, como alentando una reacción de Renato. Se puso a su lado, sonriéndole mientras Renato agachaba la cabeza y parecía pesar su decisión.

–Los árboles juegan con las esquinas, un moscardón estival rompe los cuadros de la arquitectura –recitó gimnásticamente Jorge–. ¿Vamos a hacer ejercicios verbales? Yo empiezo y doy la clave: relámpago. Ahí va. Relámpago, lago en la pampa, lampo del hampa, lámpara de Melampo, mampara de campo, estampa y...

–Váyanse –dijo la voz de Renato, pero como si no fuera él quien hablaba. Permanecía de pie, de perfil a ellos mirando el aire–. Váyanse de aquí, quiero terminar este cuadro.

III

Me complacen las novelas de Nigel Balchin, su desencanto de la vida que lo lleva a contemplarla a través de héroes frustrados –y por eso más héroes, héroes de verdad como aquel pobre diablo del pie de aluminio que destripa en una playa la bomba de tiempo dejada por los nazis–. Me gustan su estilo ácido, sus buenas encamadas cada tantos capítulos y su elegante rechazo del erotismo como elemento fácil para un *thriller*. De manera que estaba metido hasta las orejas en *My Own Executioner* cuando sonó el teléfono y era Susana.

–Lo he estado llamando desde la una –me dijo–. Hablo bajo porque ellos andan en la cocina y pueden oír.

–Yo estaba en la Yúmen–admití–. Un ensayo de arpa. Volví a las tres y media. De tres a cuatro hice dos cosas buenas, empecé una novela de Balchin y escribí un poema que les voy a leer. Es brevísimo, de manera que no proteste, Sú, y oiga:

A UN GENERAL

*Región de manos sucias de pinceles sin pelo
de niños boca debajo de cepillos de dientes*

*Zona donde la rata se ennoblece
y hay banderas innúmeras
y cantan himnos
y alguien te prende, hijo de puta,
una medalla sobre el pecho*

Y te pudres lo mismo.

Me pareció que algo semejante a un quejido se abría paso entre la menudo crepitación que fosforece en la noche del teléfono.

–Por favor, Insecto –murmuró Susana–. ¿No puede venir a casa? Renato... Venga en seguida, se *lo pido por favor*. Se ha encerrado a trabajar, y yo...

–¿Los Vigil están ahí? –dije, tirando injustamente al suelo el volumen de Balchin.

–Sí, pero los ha echado del Vive como Puedas. Y a mí, y a Thibaud-Piazzini.

–Iré dentro de un rato –dije, sintiendo como una fina vena de agua en la espina dorsal–. Susana necesito ahora mismo el teléfono de Narciso.

–Espere –me dijo, sorpresivamente de acuerdo. Durante la pausa recogí la novela y pedí sentidas disculpas a Balchin. Entonces oí a Susana dictándome el teléfono, y lo que era mejor todavía, el domicilio de Narciso. Parece que Renato lo tenía anotado en un cuaderno, que el cuaderno estaba en la mesita de luz, etc. Juré que iría lo antes posible para allá.

Era un departamento en Libertad al setecientos. Un lindo sexto piso con jarrones a la salida del ascensor y un estupendo espejo. Me ajusté la corbata antes de tocar el timbre, y no sé por qué ese gesto me dio confianza en mí mismo. Cuando abrieron, el bulto de Narciso ocupaba casi enteramente el hueco de la puerta. Detrás había una penumbra amarillenta y música de Coleridge Taylor.

–Hola –dijo Narciso, sin entusiasmo–. Qué sorpresa.

–Para los dos –dije, ya no tan seguro de mí mismo–. ¿Podemos hablar un minuto? No le telefoneé porque tuve miedo de que lo negaran.

–Ah. Bueno, yo vivo solo aquí. Hubiera atendido en persona.

–Podía haber hecho atender por Eufemia –dije, convencido de que no era precisamente hábil para abrir el fuego pero incapaz de aguantar una rabia que me subía desde abajo. Narciso me miró amablemente y me invitó a pasar. Cuando íbamos por la mitad del pasillo que daba a una gran pieza de estar, oí su voz que respondía:

–Ah, sí, Eufemia. Pero ella no está para esas cosas.

El salón era amplio, decorado con un mal gusto que me enterneció un poco. No quise aceptar el sillón al que me invitaba Narciso, y rechacé hasta la idea de beber un whisky. Preferí decirle, con mi mejor voz:

–Mire, basta de joda. Yo no tengo gran cosa que ver en este asunto, pero entre la calle Gutenberg, Eufemia y la historia del cuadro ya estoy hasta arriba de la cabeza. Vengo a decirle que no creo una palabra en sus fantasmas.

–No los insulte –murmuró apenado Narciso, que se parecía enormemente a Sydney Greenstreet–. Mis aparecidos.

–En especial el pajarraco que hizo la comedia de la espada. ¿Qué razón ha para tener alucinados a los Vigil, y neurasténico a Renato? Ni siquiera admito discutir el asunto con usted. Vengo a ofrecerle y a darle una oportunidad de terminar con esto.

–Pero es que ella no va a querer –se quejó Narciso, mirándome con ojos llenos de aprensión–. Yo sé que ella no va a querer.

–Empecé por decirle que no creo en el pajarraco. Si usted es ventrílocuo, o sugestion a la gente con penumbra y manos sobre la mesa, yo...

–No, no –dijo quejumbrosamente Narciso–. A ella tampoco le gusta eso, yo lo hago por conservar la tradición. Ya sabe usted que el buen aparecido prefiere el mediodía, la buena luz. ¿No la ve ahí, en ese sofá?

Me di vuelta más rápido de lo que mi dignidad hubiera querido. El sofá era bajo, profundo, de una tela gruesa y roja. Eufemia se sentaba en uno de los lados, muy apoyada en el respaldo. Tenía algo entre las manos, creo que era un crochet o una puntilla, se veía la débil luz

mercurial de unas agujas inmóviles. Yo no sentía miedo, más bien un aniquilamiento, una distancia repentina de mí mismo, un deseo de pisotear a Narciso y a la vez de no separarme de esa gorda pantalla de carne fofa que me defendía del sofá.

–Está con su ovillo –me informó Narciso amablemente–. Es un ovillo lleno de nudos, que lleva consigo y trata de desanudar. Le da mucho trabajo, y avanza de a poco.

–Es...

–Sí, es Eufemia, usted comprende que no podía quedarse de su lado después de semejantes palabras. No tema nada, Insecto. Usted... Sí, pertenece al Vive como Puedas, pero es otra cosa.

Retrocedí, colocándome de perfil a Eufemia para verla siempre, y distanciándome de Narciso para verlo mejor. De cerca era insoportable, ese enorme globo caluroso hablándome contra la cara. La puerta quedaba detrás de él, no tenía cómo escaparme; y aunque parezca que me doy corte, no quería escaparme.

–El Vive como Puedas –dijo de repente la voz de papagayo–. El Vive como Puedas.

–Bueno, ahora se largó –dijo Narciso en un soplo, guiñándome un ojo con una lúgubre complicidad–. Pregúntele lo que quiera, pero sin mirarla demasiado de frente. Es más bien tímida, y bada peligrosa si uno sabe tratarla.

Tenía tanto de reclame de parque japonés que estuve tentado de alzar un almohadón y tirárselo a Eufemia para descubrir el truco. Pensé: una querida, una sirvienta, una cómplice. Pero cuando yo había entrado, dos minutos antes, ese sofá... Y la voz, la voz sobre el hombro de Marta.

–Ella tiene la espada –dijo la voz de papagayo–. Ahora golpea, ahora no golpea. Después, después; ahora no golpea, ahora golpea. Ahora, después. Ahora no. Después.

El ovillo era lo único que se movía, se movía entre sus manos con los finos dedos hacía arriba, y los dedos no se movían. Lo que yo había tomado por brillo de agujas de tejer, eran los muchos anillos y pulseras que tenía en las manos.

–Bueno –dijo Narciso con una brusca inspiración que le agitó el pecho y el vientre–, todavía no sé la razón de su cordial visita.

Creo que eso, tanta untuosa superioridad, le hizo perder la partida. Eso, o que tenía que perderla de todos modos. De golpe lo sentí por debajo de mí, Dios me libre de crearme superior a nadie aparte de unos cuantos amigos y poetas, pero era tan evidente que se había puesto a gozar de su ventaja que el horror (¿había sido horror?) se me deshizo de la boca del estómago, y de contragolpe me vino una rabia en la que el miedo metía espuelas y azuzaba toda clase de perros y gatos.

Vigilando siempre a Eufemia, que miraba el piso y agitaba el ovillo con aire preocupado, me acerqué a Narciso y le reuní tres botones de chaleco con la mano izquierda. La derecha la preparé, sin exhibicionismo, para un uppercut de esos que han de recordar más de cuatro jóvenes de la Alianza Nacionalista.

–Oiga bien –dije casi cordialmente–. Tengo demasiado miedo para andarme con contemplaciones. Me aterra la idea de que usted pueda dar una orden cualquiera a eso que está ahí, y que eso obedezca. Tengo tanto miedo que ya no me importa un cuerno de nada. Tendría más miedo de tirarme de este sexto piso, y es lo que debería hacer si aquí quedara sitio para la lógica. En cambio, hijo de una gran puta, le voy a dar dos minutos para que me prometa dejar en paz a Renato.

–No insulte –dijo incongruentemente Narciso–. Me está arruinando la ropa. ¡Eufemia!

Temí como el diablo que fuera una orden, y pegué a ciegas. Después ya seguí, y mientras pegaba me volvía para mirar el sillón. Cuando Narciso quedó de rodillas sobre la alfombra, corrí hasta el sillón entornando los ojos y (como no me atreví a usar las manos) revoleé la

pierna en un golpe de savate que me había enseñado mi maestro de francés y le tiré una feroz patada a Eufemia. Le di en la boca del estómago, por encima del sitio donde tenía el ovillo. A mí me parece que el zapato pegó realmente en un plexo solar. Eufemia se dobló en dos y bloqueó varias veces, balbuceando incoherencias. Me eché atrás enloquecido de miedo (ahora tenía miedo otra vez) acordándome de un sueño –pero no acordándome, soñando ese sueño en pleno día otra vez–: en un calvero de selva, yo encontraba un insecto de gran tamaño, un coleóptero que se llamaba el Banto, y lo decapitaba no sé por qué y entonces el Banto empezaba a gritar, el Banto gritaba y gritaba mientras yo sentía cómo el horror me subía por las piernas, y el Banto se desangraba a mis pies y gritaba. (Todo eso lo he contado mejor en una novela inédita que se llama *Soliloquio*). Y en ese instante Eufemia era el Banto sólo que no sangraba ni gritaba, pero yo sentí el mismo horror que en el sueño y me volví al lado de Narciso que se pasaba un pañuelo por la cara, quejándose en voz baja. Saqué mi pañuelo y le limpié una cortadura que tenía debajo de un ojo; la grasa se corta fácil con los nudillos si uno pega de refilón.

Dando la espalda a Eufemia, enderecé un poco a Narciso y lo llevé hasta el sillón junto a la ventana. Se tiró como un elefante, jadeando, y alzó un brazo para protegerse la cara.

–No sea zonzo, nadie le va a pegar más –dije, un poco avergonzado–. Parece mentira que me haya obligado a... –El recuerdo de lo que había detrás me hizo girar vivamente, encarando el sofá. Todo el mundo recuerda las figuras de Archimboldo y su escuela, esa simbiosis paranoica de objetos en un paisaje o un interior que configuran un rostro gigantesco o una batalla de caballería. El entero ángulo del sofá continuaba siendo Eufemia, es decir que Eufemia estaba ahí doblada en dos, con la cara casi tocando las rodillas; los pliegues del sofá, muy arrugado y deshecho en ese ángulo, repetían los elementos constitutivos de la figura de Eufemia; bien mirado, daban a

los ojos del espectador el punto de partida de los elementos, un fenómeno de completación psicológica (como los que ha estudiado y legislado la *Gestalt*) integraban a Eufemia en la medida en que un recuerdo involuntario la postulaba en ese rincón. Me bastó parpadear fuertemente para reducir todo a los grandes pliegues del sofá; pero quedaba el ovillo, caído sobre la alfombra y desenrollándose livianamente hasta el centro del salón el extremo del hilo estaba aún sobre el sofá, y se prolongaba con pequeñas curvas hasta el ovillo inmóvil. Narciso había dicho que era un ovillo que Eufemia luchaba constantemente por desanudar; lo que yo vi era un hilo sin nudo alguno, de pronto un ovillo perfecto y sin nudos.

–Esto no debía haber terminado así –se quejó enfurruñadamente Narciso–. Usted no sabe lo que ha hecho.

–No, realmente no lo sé –admití mirando siempre hacia el hueco del sofá–. Pero tengo como una sospecha.

–Yo no podía impedir...

–Tal vez no. Tal vez no puede impedir nada. Retiro lo de la ventriloquia. Pero usted ha estado abusando de su eficacia y torciendo los hechos, llenando de nudos el ovillo de Eufemia.

–¿Llenando de nudos...? –Miró el suelo, el claro trazo del hilo por la alfombra–. ¡Oh Dios mío, Dios mío!

–Y poniendo la espada en manos de quien no debía estar –agregué, nuevamente furioso–. No le discuto la espada, ahora ya no discuto nada. Pero usted reclama a los Vigil, lo quiere aquí y no en casa de Renato. Usted está rabioso con Renato, y abusó de... eso. –Señalé vagamente el sofá, buscando asideros para apoyar mi cólera. Pero me sentía hundir en una especie de sopa de tapioca mental.

Encontré solo la salida del departamento, y el ascensor estaba aún detenido en el piso. Mientras bajaba, tuve la desagradable idea de que iba a encontrarme con Narciso al salir a la calle, quiero decir con Narciso aplastado en la vereda. Pero no había nada, y cuando silbé a

un taxi y me metí en él gritándole la dirección de Renato, pensé que Narciso seguía allá arriba, mirando el ovillo, ahora solo de veras con Eufemia y el ovillo.

V

I

Un día vendrá en que los acaecimientos que verdaderamente importan serán fijados con un lenguaje libre ya de toda ordenación formal, y sin que una prematura entrega a la pura expresión poética torne incierto o inteligible el instante perfecto que se quiere solemnizar. Opto aquí por la constancia histórica, los seis pesos veinte que pagué con visible fastidio al chofer del taxi, la carrera liviana hasta el departamento de los Lozano. Una rápida previsión me aseguró que Susana me abriría la puerta, de modo que cuando vi a Jorge me quedé de una pieza.

–Entrá, ya era hora de que aparecieras –me dijo, sin darme la mano y con visibles señales de nerviosidad.

–Decadencia y caída del imperio romano –saludé, y Jorge se puso tenso y se lo veía pensar apresurado.

–Los doce Césares –respondió ferozmente.

–Ariel o la vida de Sélter/

–Antropología filosófica.

–Historia del libertador don José de San Martín.

–La cabellera oscura.

–El lobo de mar.

Entonces me tendió la mano, ya sereno y lleno de chiquillería. Marta y Susana estaban en el living, fumando y sin hablarse. Conviene señalar que la luz diurna del departamento de los Lozano procedía casi enteramente del Vive como Puedas, y que Renato había cerrado herméticamente la doble puerta del taller. Una lámpara baja, en una mesita lateral, echaba sobre Marta y Susana una especie de jalea de manzanas de muy desagradable efecto.

–Nos parecía raro que no estuvieras aquí –dijo Jorge, incluyendo visiblemente a Marta pero no a Susana. Presumí que Sú no les había dicho nada de su llamado de la tarde, y fui a sentarme ostensiblemente a su lado.

–*Sweet Sue, just you* –le canté en la oreja, de pronto enternecido sin saber por qué–. ¿Cómo anda todo, Sú?

–No sé, realmente –repuso sonriendo con algún alivio–. Los chicos vinieron esta tarde con la noticia de la casa, y Renato decidió pintar. Ellos no quieren irse –agregó mirándolos sin expresión.

Los Vigil estaban muy juntos, formando uno de sus famosos cuadros alegóricos de sentimiento fraterno.

–Bien podrías saludar, Insecto –se quejó Marta–. Sos tan mal educado.

–Poeta de corte clásico y basta –dijo Jorge con una risa burlona–. Guarda los modales para la hora del endecasílabo. Pero esta vez estoy tentado a darle la razón, enana. Más de una semana llevándote a la rastra por todo Buenos Aires, eso acaba con la paciencia de una ostra como dicen en *Alicia*. Y a propósito de Alicia, ¿recitamos el *Jabberwocky*?

Juntando las cabezas de un modo tal que hasta Susana tuvo que reírse, murmuraron el poema como en un trance. Estaban realmente hermosos, tan semejantes y distintos de nosotros, tan los Vigil en el mundo del Bandersnatch. Siempre recordaré su voz al llegar a: *So rested he by the Tumtum three* y el crescendo de alegría (*O frabjous day! Calloh! Callay!*) para demorarse luego en la repetición maravillosa del último cuarteto. Sí, estaban encantadores en la penumbra del pequeño living, y yo cedí otra vez a esa presencia que llevaba consigo el perdón anticipado y lo exigía sin pedirlo, nada más que mostrándose y siendo. El mal y el bien cesan de ser contrarios en el brillo de ciertas gemas, y hablando de brillo he aquí que la puerta del Vive como Puedas

se abría de par en par justo en el momento en que Thibaud-Piazzini brotaba de la cocina y saltaba con inmensa alegría a su sillón preferido.

—¿Todavía están ahí? —dijo Renato fingiendo un fastidio que no sentía—. No hay manera de echarlos, a ustedes. Bueno, vengan, ya está listo.

Marta fue la primera en llegar a la puerta del taller, pero la cabeza de Jorge estaba pegada a la suya y los dos miraron al mismo tiempo. Sentí que una mano de Susana buscaba mi apoyo como un bicho rebullente. Oímos el suspiro de desencanto de los Vigil.

—Dame tu palabra —dijo Renato— de que no lo vas a destapar.

Marta y Jorge alzaron la mano derecha, furiosos pero sometidos. El cuadro estaba cubierto por una tela amarilla, sostenida lejos del bastidor por un marco protuberante que Renato había instalado a propósito. Alguien encendió las lámparas, y el Vive como Puedas tomó el aire de las grandes noches. Renato, que no parecía haberme visto hasta entonces, vino cariñosamente a palmearme los hombros.

—Me alegro de verte, Insecto. Es bueno que hayas venido, traés con vos el aire de los exorcismos.

—¡Qué lindo! —dijo Jorge, ya tirado en su canapé—. Anota eso, Marta, me lo apropio. El aire de los exorcismos remonta sus sábanas de canela. Maldito sea, por culpa de García Lorca no se puede hablar de canela en un poema. Venga, venga con su tío.

Y se puso a mimar a Thibaud-Piazzini que nunca le había tenido mayor cariño y se sometía difícilmente a sus caricias. Susana andaba por ahí preparando bebidas, Renato continuaba con la mano puesta en mi hombro mirándome con un afecto que me devolvió por un segundo a la oscura piecita de la Facultad donde él y yo planeamos lo del cartel contra Farell. De repente me di cuenta por qué me pesaba tanto su mano, Renato la apretaba deliberadamente contra mi hombro para no dejarla temblar.

–Tengo un par de cosas que decirte, viejo –anuncié con una voz destinada a los Vigil–. Bien puede ser que traiga de veras los exorcismos, por lo menos una noticia que los incluye.

Renato me miraba, sin hablar. Se le habían dilatado las pupilas, supongo que por estar de espaldas a las lámparas; lo supongo solamente.

–Vengo de romperle la cara a Narciso –dije, incapaz de retener un tonillo de satisfacción deportiva–. Con este puño, con esta linda manita que tengo yo, la linda manita que Dios me la dio.

De la penumbra del suelo saltó Marta, atropellándome casi; sentí que me sujetaba la mano y la miraba a la luz.

–La tenés toda raspada –murmuró con asombro. Yo no me hacía ilusiones sobre su preocupación, indudablemente había querido verificar mis palabras. En silencio, después de mirarme con aire vago y como ausente, volvió a sentarse al lado de Jorge que había cerrado los ojos y jugaba a tener sobre el estómago a Thibaud-Piazzini.

–Qué curioso –dijo Renato, retirando la mano y mirándome inquisitivo–. Sabés que esto es realmente curioso, Insecto.

–Completamente de acuerdo –dije, con el desánimo que sigue a toda enunciación jactanciosa.

–Hasta hace media hora yo me había convencido de que estaba loco –siguió Renato en voz baja–. Loco de atar, entendés. En un todo contra la corriente, viendo lo blanco en el sitio de lo negro.

–Porque la noche será negra y blanca –dije con las palabras de Gérard de Nerval.

–Justo, algo así. Date cuenta de que sentí eso cuando vos... ¿Pero realmente le pegaste a Narciso?

–Claro que le pegué, a él y a... –Me pareció que Marta esperaba un relato completo, sentí un perverso deseo de negárselo, de callar, el ovillo que también ella querría desanudar por simpatía, pobre prisionera ya liberada sin saberlo–. No va a joder más, tené la seguridad. Pase lo

que pase este asunto se detiene ahí. –Y mostré el cuadro con un ademán que el recuerdo me permite calificar de majestuoso.

Renato estuvo un segundo como balanceando mis palabras, después empezó a reírse bajito, con ese nacimiento de la risa que los actores shakespirianos hacen tan bien. Impulsivamente me apretó en un abrazo digno de su época de levantamiento de pesas y profesiones manuales. Oí su voz, metida en mi oreja junto con una humedad caliente:

–Entonces pinté lo que debía pintar, Insecto. Creí de veras que me había vuelto loco, pero estaba pintando la verdad. Vos acabás de liquidar el resto, lo incomprensible.

Por sobre el hombro de Renato se divisaba el siguiente panorama: Susana observándome desde la puerta, una bandeja con copas en la mano. Jorge mirando a Thibaud-Piazzini que estaba muy quieto entre sus brazos. Marta, en la alfombra, pequeñita y pálida como una figulina, perdida de toda vivacidad y casi insignificante; *ella*, casi insignificante.

Renato rompió el abrazo y fue a buscar la bandeja de manos de Susana. Caminaba sereno, con un aire de quien no espera ya nada porque, en alguna medida, está más allá de todo. Me alcanzó una copa y fue a inclinarse junto a Marta, llevándole otra. Vi que le pasaba la mano por el pelo con un gesto casi de disculpa, y la invitaba a beber.

–Che, qué cosa notable –dijo Jorge, enderezándose lentamente en el canapé–. Me parece que Thibaud-Piazzini se ha muerto.

Lo puse sobre la mesa de la cocina y miré largamente a Susana, que me había acompañado sin hablar.

–Parece absurdo, pero un animal no se muere porque sí –dije, sacando mi pañuelo para secarle a Sú una lágrima que le corría por la cara–. Todos estamos expuestos a un síncope, pero un gato no.

Susana seguía mirando hacia la puerta, a través de la pared del pasillo estaba contemplando el Vive como Puedas; de pronto medí el

odio seco y reluciente que habitaba esa mirada, y que nunca su voz o gestos traicionarían.

Le puse el brazo en el hombro, la atraje contra mí y la besé en la nuca, en la garganta. Se abandonaba, blanda, pero seguía lejana y desasida; no era mía.

–Ya sé, Sú, ya sé –dije con el balbuceo que quiere exceder las palabras y acercase al llanto ajeno–. Comprendo tantas cosas, pero esta noche...

Me miró por primera vez.

–Esta noche –repitió–. Claro, esta es la noche de ellos, ¿verdad?

Pasé la mano por el sedoso flanco de Thibaud-Piazzini.

–Ya no de ellos, Sú. Marta no es más que una pobre cosa, ahora. La han abandonado, y se está dando cuenta poco a poco. Marta era una carta falsa en este juego; ya está boca arriba, invalidada, inútil. Pobrecita.

Sú se apretó contra mí como si yo hablara de ella, y nos becamos sin deseo pero con un asomo de paz que nos hizo mucho bien. Pensé si quedaba otra carta en juego, y que la noche apenas empezaba. Apreté el talle de Susana y volvimos juntos al Vive como Puedas donde Renato argumentaba, con gestos exagerados la previsión en Paolo Ucello. Jorge estaba muy callado después de su descubrimiento, y sólo Marta replicaba con animación, tal vez movida por un hábito de controversia que la erizaba frente a Renato. Decidimos no cenar en homenaje a Thibaud-Piazzini, y se acordó que Jorge cruzaría al restaurant de enfrente para traer una pila de sandwiches y vino. Renato le dio dinero y los tres llegamos charlando hasta la puerta; yo busqué la mirada de Renato apenas se hubo marchado Jorge.

–¿Me querés decir qué es eso del cuadro tapado, todo el chiqué idiota de “pinté lo que debía pintar” y el resto?

–No te hagás el enojado que te queda horrible –dijo como si no acabara de convencerse–. ¡Qué bárbaro!

–Alguien tenía que hacerlo alguna vez –dije con alguna burla hacia él. Pero Renato no reparaba jamás en esas alusiones.

–Con razón todo está cambiado, ahora –murmuró–. Hay que velar la espada, Insecto, porque mañana... Es demasiado cambio, sabés, y uno de esos cambios que no se toleran.

–Lo único que se tolera son los cambios –dije con mi habitual ingenio–. A vos te revienta la inmovilidad y la reiteración. De manera que menos vela de espadas y más claridad. ¿Me vas a decir o no me vas a decir qué mierda para?

Se puso a reír, pegándose con el revés de la mano en la mejilla. Parecía feliz pero como si una absoluta desdicha pudiera asumir los gestos y el aire de la felicidad.

–Mañana, Insecto; total vos te vas a quedar aquí toda la noche. No me quités este ahora, mirá que...

Y me empujó irresistiblemente al Vive como Puedas donde Susana y Marta preparaban una mesita sin mirarse, y del *pickup* salía la voz de Hugo del Carril; que el bacán que te aclama tenga pesos duraderos / que te abrás en las paradas con cafishos milongueros / y que digan los muchachos: “Es una buena mujer”.

–Cuatro de jamón crudo, cuatro de cocido, cuatro de queso, cuatro de anchoa y cuatro de salame –anunció Jorge–. Cinco clases de sándwiches y cuatro de cada clase. Hice bien la cuenta, le tocan cuatro a cada uno y se puede elegir de todas las clases menos de una. Yo sacrifico el queso. Aquí hay poca luz, *mehnlitch* por favor. Y saquen ese disco porque vomito.

Marta fue al amplificador y puso otra vez *Mano a Mano*.

–Imaginate que estás oyendo *Madame Butterfly* –dijo–. Vos sos Pinkerton. Lindo nombre, Pinkerton. Beba malta, Pinkerton, lávese con jabón Pinkerton. –Nos miró en redondo, un poco desconcertada–. Qué funeral es esto, gentes... Claro, en realidad es un funeral... –La vi que evitaba mirar a Susana, un choque como de cristales finísimos, de

ampolla de inyecciones resonaba en la nada y solamente yo lo percibía. Alguien me pasó un vaso de mosela, me lo bebí de un trago y vi a Renato que vaciaba su copa y volvía a llenarla, mirando el techo.

–Reparto sandwiches a la concurrencia –dijo Jorge, sentándose en el suelo de modo de quedar en el medio de los cuatro–. Uno para la foca, otro para el osito, este de aquí para el lys de la vallée, y finalmente un cuarto para el mantis religioso. Tomá este de salame, Insecto, se adecúa con tu alma silvestre y a veces fragante. Yo te quiero mucho, Insecto. Sos un objeto de los que casi no quedan. Lástima que la enana te acapare tanto, de lo contrario trataría de fomentar tu amistad. ¿Te leo un poema, para probarte mi inteligencia y mi buena cuna? Pero antes debería contar con detalles lo de Narciso.

–Callate, querés –le dijo Marta, tirándole un puntapié a la rodilla.

–*Objection sustained* –aprobé–. Todas las cosas importantes quedan relegadas para mañana. –Y miré a Renato, que seguía bebiendo con método y desgano.

–¿Iniciamos la sección de variedades? –propuso, dejando su copa en el suelo y dando media vuelta para quedar a horcajadas en la silla–. ¿De acuerdo, Sú?

En la pregunta había alguna afectuosa presión que Susana comprendió tanto como yo. La vi sonreírse –sí, la vi sonreírse por primera vez desde Jabberwocky–, y asentir.

–Yo puedo hacer mi famoso número de desaparición en el ropero y vuelta en forma de encomienda contrarreembolso –dijo Sú–. Ofrez[c]o además el truco del sombrero que se convierte en sopa de arvejas. Renato pone la cabeza y yo la sopa.

Marta y Jorge se miraron con la antigua complicidad.

–La pareja de hermanos más célebre de la historia ofrece su concurso –anunció Jorge con voz hueca–. El distinguido público no tiene más que pedir, y nosotros cumplimos.

–Te daré el gusto que es lo que esperarás –le dije–. Voy a pedir que se lea algún poema tuyo.

–Lo siento, pero no hay en existencia. Salvo que...

–Sí, *en efecto* –asintió Marta–. Salvo que yo encuentre alguno en la cartera. Bien ensayado, Jorge, bien ensayado. Oigan ustedes, señoras y señores. Tiene un título para la función.

DEMONS ET MERVEILLES...

*De colinas y vientos
de cosas que se denominan para entrar
como árboles o nubes en el mundo*

*De enigmas revelándose en las lunas
rotas contra el aljibe o las arenas*

yo he dicho y esperado

*Creo que nada vale contra esta caricia
abrasadora que sube por la piel*

*Ni el silencio, ese desatador de sueños
Vivir
oh imagen para un ojo cortado
boca arriba
perpetuo*

No dijimos nada, comíamos aplicadamente nuestros sandwiches y Renato nos sirvió otra vez mosela. Todos queríamos tanto a Jorge, sus cosas eran tan nuestras (como lo son las nubes o los árboles); se podía

ser feliz escuchándolo por la voz de Marta y no diciendo nada. Hasta que Renato alzó su copa que brillaba contra las lámparas.

–Salud, oh cantor de la vida. ¿Puedo pedirte una cosa esta noche?

–Lo que quieras –dijo Jorge.

–Será fácil: un treno, una bonita lamentación.

Pensamos en Thibaud-Piazzini, pero después en el mismo Renato que estaba allí con el rostro de las despedidas. Tal vez eso solamente lo pensé yo, que había escuchado su voz; *no me quitéis este ahora, mirá que...*

Jorge suspiró.

–Lamentación para un pintor aburrido del mundo. Pero sería acaparar demasiado; mientras sigo emborrachándome espero aplaudir las habilidades de ustedes. ¿Vos qué sabés hacer, Susana?

–Admirarte, Jorge. ¿No es bastante?

–Oh, de sobra. ¿Y el Insecto? ¿A que no nos recitás un soneto de los tuyos? Con ademanes, bien declamado... Ya viene el cortejo, ya se oyen los claros clarines... –se detuvo, mirando de reojo a Marta.

–La espada se anuncia con vivo reflejo –murmuré yo–. Ya van dos veces que este verso salta como un súcubo donde menos se lo espera. ¿Cuándo se anunciará la espada Renato?

No debía habérselo preguntado pero no hacerlo era igualmente penoso, estábamos todos orillando estúpidamente la cosa y creo que el mismo Renato prefirió mi tomada por los cuernos.

–No esta noche, chicos –repuso con una distante gentileza–. Mañana, que es la gran palabra, la gran dispensadora del aplazamiento. *Del doman non c'è certezza*. Por eso, oh florentinos, *chi vuol esser lieto, sia*. Yo alzo esta copa de Arizu blanco en recuerdo de Lorenzo el Magnífico.

–Mañana –repitió Marta, imitando mecánicamente el brindis–. ¿Cómo pudo imaginarse siquiera la palabra? Demain, tomorrow, mañana, qué horror. –Vi crispase la mano que la sostenía erguida

sobre la alfombra. Bebió, mirando el vino al trasluz, y volvió a tirarse en el suelo con los ojos cerrados. Me hizo un gesto como invitándome.

–Diré un poema pequeñito e idiota –advertí, muy contento de que me dieran la oportunidad–. No es un soneto, ni siquiera es poético. Lo escribí después de oírle una canción a Damia, en un disco que después se rompió o fue olvidado en alguna casa. Es un buen poema, este poema:

JAVA

C'est la java d'celui qui s'en va –

*Nos quedaremos solos y será ya de noche
Nos quedaremos solos mi almohada y mi silencio.
y estará la ventana mirando inútilmente
los barcos y los puentes que enhebran sus agujas.*

*Yo diré: Ya es muy tarde.
No me contestarán ni mis guantes ni el peine,
solamente tu olor, tu perfume olvidado
como una carta puesta boca abajo en la mesa.*

*Morderé una manzana fumaré un cigarrillo
viendo bajar los cuernos de la noche medusa
su vasto caracol forrado en terciopelo*

*Y diré: Ya es noche
y estaremos de acuerdo oh muebles oh ceniza
con el organillero que remonta en la esquina
los tristes huesecillos de un pez y una amapola.*

C'est la java

d'celui qui s'en va –

*Es justo, corazón, la canta el que se queda,
la canta el que se queda para cuidar la casa.*

Lo dije tan bien que hice llorar a Susana. Pobre Sú que me conocía tanto, y que lloraba siempre que terminaba una novela de Charles Morgan. Los Vigil hicieron gestos displicentes de aceptación.

–Parece una de las cosas que prefería don Leonardo Nuri, nuestro difunto padre –dijo Jorge–. Pero hay que reconocerle al Insecto un cierto aprovechamiento de la técnica del primer Neruda, combinado con un sentimentalismo carrieguino que no está del todo mal. –Y se reía, mirándome con cariño de cachorro. Después dijo que mi fuerte era la poesía gnómica, que debería poner en verso El Almanaque del Mensajero, y se atoró de tal modo con un trago de vino y un bocado de jamón que Marta tuvo que pegarle puñetazos en la espalda. Todavía estaba tosiendo y revolcándose exageradamente en la alfombra cuando oímos golpearse la puerta de entrada. Los Vigil se enderezaron, muy juntos. Susana era la más serena, miró a Jorge como reprochándole haber dejado la puerta abierta, y dio unos pasos hacia el living. Yo sentí una cosa rara ahí donde todos saben, un tironcito para abajo y a la vez cosquillas en la nuca, una combinación de sensaciones realmente asombrosa. Sólo Renato seguía igual, la copa de vino en la mano girando como un pequeño carroussel translúcido.

–¿Quién es? –gritó Marta con una voz de hipnotizada que no le conocía.

Laura Dinar nos miró muy seria y atenta, un pequeño bolso entre las manos como si sostuviera un misal. *How pure at heart and sound in head*, pensé incongruentemente con Tennyson. Nos miró uno a uno, inclinando a un lado la cabeza, sin sonreír.

–Es tarde, muy tarde –dijo–. La puerta estaba abierta, yo los oí hablar.

Susana rompió nuestra naturaleza muerta (estábamos como pescados en una mesa, Ensor cien por cien), e hizo el gesto más antiguo del mundo, aparte del de golpear. Ofrecía el fuego, el pan y la sal, pero Laura se negó con un apagado ademán.

–No, no me quedaré –dijo–. Vine solamente para llevarme a Jorge.

No será fácil mi olvido de esa noche, pero nada recuerdo mejor que el movimiento de araña de la mano de Marta en la alfombra, su prehensión encarnizada en la manga de la camisa de Jorge que se enderezaba mirando extasiado a Laura. La mano era nosotros, hasta Susana estaba en la fuerza inhumana de esos dedos que, sin mostrarlo, querían clavar a Jorge en su sitio, retenerlo de nuestro lado por siempre.

Pero él, como los héroes en las altas fábulas, se desasíó con un gentil movimiento del brazo, y enderezándose sin esfuerzo fue hacia Laura que no se había movido.

–Aquí estoy –dijo sencillamente–. ¿No es estupendo irnos juntos?

II

Rápido, rápido, no perdamos más tiempo. A la hora en que las explicaciones eran más que nunca necesarias, optamos por reunirnos melancólicos sobre la alfombra, como pieles rojas en *pow-pow*, y nos bebimos un cuarto de botella de coñac que Susana fue a traer con su silenciosa eficacia. Marta reposaba la cabeza en el hueco del hombro de Renato y lloraba mirando los dibujos de la alfombra, bebía y lloraba alternadamente mientras Susana me dejaba buscarle la palma de la mano y cosquilleársela. Ya era medianoche cuando terminamos las vueltas del coñac y nos miramos vagamente aliviados y turbios.

–Hay que llevar a Marta a alguna parte –me dijo Renato concisamente–. No la llevés a su casa.

–Ni a su casa ni a ningún lado –respondí–. Yo no la llevo, yo me quedo aquí hasta mañana.

–Pero no la podemos dejar irse sola.

–Sí, puedo irme sola –gruño Marta por debajo de un mechón de pelo.

–Usted se calla –dijo Renato, apretándole el brazo–. Susana...

–Está bien, la llevaré yo –(“Ayúdanos, Sú”).

–¿Adónde? –pregunté.

–A tu casa, por ejemplo. Yo me quedaré con ella si es necesario y mañana cada sapo a su pozo.

Mañana.

–Yo no me quiero ir –dijo Marta, escupiendo el mechón de pelo que se le metía en la boca–. Aquí hay alfombras, sillones, mesas. Yo puedo dormir con Susana, o en el living.

Parecía aceptar que no íbamos a llevarla a su casa, que esa noche su casa no era de ella. Resistió todavía un momento más, pero había

bebido demasiado y Susana se la llevó para lavarle la cara mientras yo bajaba a conseguir un taxi. Las vi salir del ascensor como dos hermanitas, apretadas del brazo, Marta bordando unas eses inacabables que Sú corregía lo mejor posible. Las ayudé a subir, y vi que se sentaran cómodas. Entonces Marta cerró los ojos, instantáneamente dormida, y Susana me agarró la mano.

–Yo tendría que quedarme con usted, Insecto.

–No. Yo estaré con Renato toda la noche. Mañana...

Mañana. Qué imbéciles, todos.

–La llave del departamento –dije–, es un poco dura; apriete fuerte hacia la izquierda. Y descanse bien.

Marta lloraba dormida; esta última imagen mía de Marta, como ver una fotografía de alguien que está del otro lado del mar, y ha cambiado mucho, y no quiere admitirlo, y entonces llora.

–Bueno –le dije a Renato–. ¿Qué te parece si hacemos juntos la vela de armas?

–Claro. Ponemos aquí el sofá, y las luces que den hacia ese lado.

Ordenamos todo, y yo me llevé a la cocina los restos del festín; tuve que trasladar a Thibaud-Piazzini a una repisa de mármol para acomodar los vasos y los platos en la mesa grande. Entraba un airecito fresco por el ventanal y la noche era de una serenidad casi literaria. Cuando todo estuvo listo, Renato fue hasta el cuadro y quitó la enorme mancha amarilla. Hundido en mi sofá, miré la figura menor, el rostro empequeñecido pero muy claro de Renato que iba a entrar a la casa, y la figura del primer plano, la figura de Jorge con la espada.

Pensé que hubo dos espadas que se llamaron Colada o Excalibur, también podíamos los porteños tener una que se llamara Laura.

Pasamos charlando toda la noche, y al amanecer vi cómo Renato destruía su cuadro, lívido por la traspasada y el tabaco, pero muy entero.

Yo decidí iniciar el día cumpliendo con un pequeño ritual que me parecía importante. Hice un paquetito muy mono con un recuerdo del Vive como Puedas, dije adiós a Renato y salí con el alba. El frío me hizo andar ligero hasta que encontré un taxi, y en quince minutos estuve en la casa de los Vigil. Con la llave que me habían dado tiempo atrás me abrí camino hasta la sala que comunicaba al dormitorio de Jorge, y encendiendo una lámpara que iluminaba un rincón de lectura, dispuse el paquetito sobre la mesa, con el nombre de Jorge claramente escrito. Había un gran silencio en la casa, y yo imaginé a Laura y a Jorge durmiendo enlazados, en un abandono infinito de sábanas y sueños.

Después camine por calles que me iban llevando despacio hacia mi casa, dando tiempo a que se levantara el sol y Susana despertara a Marta para iniciar el día. Hasta entonces prefería dejarlas solas en casa, y me entretuve pensando en Jorge, en la cara de Jorge al encontrar el paquetito, al abrirlo y encontrar el recuerdo del Vive como Puedas, la cabeza de Thibaud-Piazzini como un buen recuerdo del Vive como Puedas.

Buenos Aires,

Carnaval de 1949.